

TARDIA DECLARACIÓN DE AMOR A SERAPHINE LOUIS

Denzil Romero

LAIA/Alfadil

DECLARACIÓN TARDIA DE AMOR A SERAPHINE LOUIS

RELATOS

DENZIL ROMERO

Editorial Laia / Alfadil Ediciones

Diseño y realización de la cubierta: Raúl O. Pane

© Denzil Romero, 1988
© Editorial Laia, S. A., 1988
© Alfadil Ediciones, 1988
Primera edición: octubre, 1988
Propiedad de esta edición (incluido el diseño de la cubierta):
Editorial Laia, S. A., Guitard, 43, 08014 Barcelona

ISBN: 980-6005-46-5
ISBN: 84-7668-220-4
Depósito legal: B. 30.933-1988

Impreso en Romanyá/Valls, Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)
Printed in Spain

En este libro Eros asume diversas caras para seducir al lector: es una misteriosa muchacha llena de ambigüedad encontrada en el metro de París, es una lujuriosa criolla morena, es la condesa Hanska amada por Balzac o una anciana pintora que se empeña en reconstruir en sus cuadros el Paraíso perdido. Pero en todos los casos, Denzil Romero demuestra que el Amor o Eros conduce directamente a la metáfora: para nombrarlos, hay que reconstruir la creación, hay que sentirse Dios. Porque el cuerpo del amor es todos los cuerpos, es el absoluto.

A mi madre,
por la miel y la sal
de sus dones.

ln memoriam

L’amoroso pensero
Ch’alberga dentro, in voi mi si discopre.

PETRARCA
Canzoniere, 71

TARDÍA DECLARACIÓN DE AMOR A SERAPHINE LOUIS

A Oswaldo Trejo

—No sé de dónde me salió esa facultad de pintora —solía decir. Nunca recibí clases ni asistí a academia alguna. De niña fui pastora y, después, sirvienta. Pero el hecho, querido Javert, es que desde muy temprano comencé a pintar. Con carbones vegetales, con lápices de cera, con azulillo, allá en mi pueblito de Assy, a las riberas del Oise, sobre los muros de las casas, en pedazos de cartón, en cuadernillos que me regalaba el cura párroco del lugar. Trazaba las líneas e intentaba reproducir los colores de las colinas humedecidas de la Champaña, los techos y chimeneas del poblado que a distancia veía desde la galiana y, muy principalmente, los campos de viñedos. Nunca olvidaré aquellos viñedos del otoño cual una gigante esmeralda con la fronda arbustiva de los pámpanos. También pintaba la Champaña «piojosa», la de la tierra de greda, que filtra el agua sin retenerla, convertida en un erial seco, quemado por el sol y polvoriento. Así comencé a pintar, para plasmar con formas y colores mis visiones y mis impulsos y mis sueños…

Desde que ingresó en aquel asilo de ancianos de Clermont donde me desempeñaba como enfermero en los primeros años de la década de los treinta, diríase que Séraphine me cautivó. Pequeña, ajada, menudita, con mirada ardiente y oscura sobre un pálido rostro, caminaba sin rumbo por la uniforme monotonía de los pasillos y corredores. Al parecer, había perdido el sentido. En los momentos de insania, predicaba el fin del mundo. Pero, la mayoría de las veces se comportaba como una viejecita paciente, caminadora, amable y nada apocalíptica. Había ingresado al asilo por orden de un *marchand* de París. El señor Uhde, Wilhem Uhde. Alemán él, calvo, fino, enjuto y atildado. Usaba una barbita de perilla que acariciaba a menudo con sus dedos largos y pálidos como los de un marqués español, puestos en forma de copa, para mejor lucir el ostentoso anillo de sello que portaba en el anular derecho. Siempre iba ajuareado con primorosos sacos eduardinos a cuadros y muy vistosas bufandas de seda china. Decíase de él que tenía mucho dinero. Comerciante de antigüedades y obras de arte, cierto es que, mes por mes, pagaba con estricta puntualidad la pensión de Séraphine. Cada cierto tiempo iba a visitarla. Caminaban, entonces, cabizbajos y tomados de la mano, sobre la grava del jardín, bajo la sombra de los nogales, por entre los arriates sembrados de dalias y glicinas, deteniéndose por momentos a gozar el tibio sol del estío o a observar el raudo volitar de las

alondras. A cierta distancia, cauteloso y alerta, escuchaba la conversación de ambos apenas murmurante en torno a idas y venidas, exposiciones pasadas en remotos lugares, Londres y Nueva York, Zurich, Salzburgo y Bratislava; los logros de otros pintores que como Séraphine militaban o habían militado en el grupo del *Sacré Cœur*, Rousseau, Vivin, Bombois y Bauchant; nombres y cuadros ya famosos, el «Atleta de Feria» o el «Desnudo femenino con los brazos levantados», «La carnicería» o los «Dos hombres junto al mar», «El burdel a las dos de la mañana» o el «Telémaco, barca en medio de la tempestad». ¿Te acuerdas, Séraphine, del «Notre Dame» de Louis Vivin? ¿Te acuerdas del virtuoso inspector de correos trasmutado en pintor? ¿Te acuerdas de sus maravillosos paisajes, copiados de postales y en todo parecidos al original? ¿Te acuerdas de las temblorosas líneas de araña de su pincel puntiagudo, de sus ladrillos sobre ladrillos, de sus cielos gris plomizos? ¿Te acuerdas de su «Plaza de Chatelet» y de su «Jardín Botánico» y de su «Sacré Coeur» y de su «León de Belfort» y de su «Le Moulin de La Galette»? ¿Te acuerdas del negro azulado de sus monumentos a los caídos y el desesperado color rojo tenue de sus fachadas? También hablaban de la suntuosa mansión-galería que el señor Uhde mantenía aún en el Faubourg Saint Germain, y del aporte de los «modernos primitivos», y de cómo el enjuiciamiento de los pintores «naifs» ya no debería apoyarse sólo en la sinceridad humana, sino al mismo tiempo, y sobre todo, en la calidad artística y en la originalidad creativa de las obras. De pronto, se enfrascaban en largas-larguísimas disquisiciones sobre las tradiciones y las influencias y los mimetismos. De cómo podían asociarse, y de hecho se asociaban, Picasso, Paul Klee y Miró con los dibujos de Combarelles y Altamira. Y Roualt con Saint-Savin. Y Bombois con los escultores y dibujantes del arte esteatopigio del magdalaniense. Y Matisse con Cnosos y los frescos etruscos. Y Vivin con los iluminadores de Indochina o con los cartones de Bayeaux. Y tú, tú, mi pequeña Séraphine, con los tapices de Isfahan…

—¿Yo? ¿Yo, con los tapices de Isfahan? —preguntaba Séraphine entre incrédula y sorprendida.

—¿Dónde queda Isfahan? ¿Es una ciudad lejana o se trata, acaso, de un pintor importante que vive aún o murió ya?

—¿A quién o a qué que valga puedo parecerme yo?

—¿Yo, muriéndome sin compasión en este asilo de ancianos y de locos, preterida y olvidada de los hombres, sin tan siquiera poder pintar? —repreguntaba con vehemencia.

—¿Yo, solitaria caminante confundida, vapuleada de un pasillo a otro, de un corredor a otro corredor, de un jardín a otro jardín, bien que entre dalias y glicinas, seguida de cerca por ese par de sáficas señoras, la doctora Tottlingen y la señorita Cosette, que nada me dejan

hacer? —volvía a preguntar ya bordeando el llanto de la histeria.

El señor Uhde sonreía compasivo, se acariciaba la barba de perilla con los dedos puestos en forma de copa, y sin inmutarse, le ripostaba:

—¿De qué te quejas, Séraphine? Aquí te cuidan bien. Puntualmente pago tus pensiones. No te falta mi apoyo moral ni mi cariño. A menudo vengo a visitarte. El día de tu cumpleaños, no dejo de enviarte flores. Atiendo todos tus deseos, o por lo menos aquellos que me manifiestas. ¿Recuerdas, acaso, cómo murió Rousseau? Veinte años atrás, pobre y solitario, en el Hospital Necker de París. Robert Delausny y su casero, el señor Queval, le compraron una lápida. Sobre ella Apollinaire escribió con buril el epitafio, que el escultor Brancusi y el pintor Ortiz de Zárate, siguiendo la escritura del poeta, grabarían tres años más tarde: *Nuestro buen Rousseau, ¿nos oyes?*, / *te saludamos* / *Delausny, su esposa, el señor Queval y yo*. / *Deja que nuestra maleta pase con franquicia por la puerta del cielo*, / *te traemos pinceles, colores y lienzos* / *para que pintes en el sagrado ocio de la verdadera luz*, / *como antaño mi retrato*, / *el rostro de las estrellas*. / ¿Te acuerdas, Séraphine, que hace algunos años tú y yo fuimos juntos a la revelación de esa placa? Séraphine entonces lloraba. Lloraba por su amigo Rousseau o no se sabe si por ella misma. Lloraba como una niña huérfana sin nadie que la consolara. Luego, tendíase como la Yadwigha del Aduanero, sumida dulcemente en un bello sueño por los sones de un caramillo que tocaba un bien intencionado brujo al fondo de la floresta, o, quizás mejor, rígida, sobre la vereda, cual la «Gitana durmiendo», nueva Santa María Egipciaca en la soledad del desierto. ¿Estaba soñando bajo el cielo verde helado, con su mandolina silente, mientras sobre ella se inclinaba el fabuloso y temido león? Un nuevo ataque de llanto o de risa o de rabia podía sobrevenirle después. Entonces, pedíale al señor Uhde, rogante, a risa batiente o agresiva, que la dejara pintar, que la liberara de la persecución nefanda de la doctora Tottlingen y la señorita Cosette, que la sacara de aquel asilo horrible, que la dejara ser ella, sólo ella, hasta la muerte…

—A él lo debo todo, todo se lo debo, querido Javert —me dijo otra vez, a raíz de una de las visitas del señor Uhde. Antes de conocerlo, yo era sólo una sirvienta, la sirvienta de Senlis, una vieja y pequeña ciudad de la Ile-de-France, cercana a París y, al mismo tiempo, alejada del barullo. ¿Conoce usted Senlis, querido Javert? Allí, fue a descansar el señor Uhde, tan noble como un príncipe del Renacimiento, dadivoso, apuesto y de buen parecer, al estilo de un galán de cine, Douglas Fairbanks o Robert Harron. Yo, por esa época, me ganaba la vida limpiando viviendas cinco horas cada día. Me concerté para limpiar la suya. Uhde apenas se fijaba en mí. Una buena tarde vio en casa de unos amigos un bodegón de compotera con manzanas que le llamó la atención. Preguntó el nombre del pintor. «¡Es su asistenta

Séraphine!» Hasta ahí el destino me había guiado a ciegas. A la mañana siguiente, el bueno de Uhde me esperaba con óleos de todos los colores, lienzos imprimados de grandes dimensiones, barnices, pinceles y paletas. Hasta entonces, querido Javert, había sido pintora de bodegones, vasijas con flores y los humedecidos paisajes borroneados de la Champaña. Mis estáticos ramilletes crecieron. Se convirtieron en grandiosos, increíbles, soberbios árboles de fantasía. Después, auspició mi primera exposición en la «Galerie des Quatre Chemins» de París, todo un éxito de crítica y de venta.

Fue a partir de una de esas esporádicas visitas del señor Uhde que Séraphine comenzó a pintar de nuevo. Al parecer él lo arregló todo para que así ocurriera con las autoridades del asilo. Por el pago de un sobreprecio considerable hizo que le habilitaran un *atelier* en el altillo de la vieja casona. Cada cierto tiempo enviábale materiales de los más diversos: lienzos del mejor cáñamo, lino o algodón; cajas y más cajas de *gouaches*, óleos, carboncillos y pasteles; maniquíes móviles de madera que ayudáranla en la composición de las figuras; flores artificiales para que sirviéranle de modelo; pinceles y plumillas; sanguinas; pigmentos ocres y sepias para aguadas o para apuntes a pluma; todo cuanto pudiese necesitar, diríase. Y a mí, a cambio de una bonificación especial que también pagaba el señor Uhde, se me designó para acompañarla y atenderla de cerca en sus prolongadas, casi interminables, sesiones de trabajo. Dada su incipiente pérdida de movilidad, sus frecuentes accesos de locura y su debilitamiento general, necesitaba una persona que la cuidara todo el tiempo. Para ello, nadie mejor que yo. Séraphine me distinguía entre todos los enfermeros y demás servidores del lugar. Aun en sus peores momentos, no pocos, atendía mis órdenes y recomendaciones. Mucho conversaba conmigo cuando encontrábase en estado de lucidez. En broma decía que era yo su «novio» y, siempre, me nombraba «Mi querido Javert» o «Mi adorable vikingo». Admiraba mi juventud, mi fuerte complexión, mi 1.80 de estatura, mi rubicundez, mi pelo ensortijado formante de sedosas guedejas, mi mirada intensamente azul. Por mi parte, disfrutaba viéndola pintar, cuando preparaba los lienzos y mezclaba los colores más insólitos para que todo se efectuara con perfección artesana. Como jardinera mística iba trazando, desmenuzando y coloreando los flamantes ramilletes tras los cuales parecía ocultarse la tentación de todo lo sagrado. Aquellas plantas carnales con frutos henchidos rodeados de pestañas. Ornamentos foliáceos hechos de sorprendentes plumas de aves exóticas delicadamente policromadas, en cuyos nervios resplandecientes abríanse ojos de mil pupilas despiertas y párpados adormilados de sutil, casi cristalina, transparencia. Extrañas mallas de susurrantes y concupiscentes floraciones con sartas de perlas y aljófares y piedras

preciosas, amatistas, rubíes, esmeraldas, ónices y crisolitas, topacios y aguasmarinas, compuestas por bayas del arbusto de la ternura, hierbas de caprichos en continua representación, y umbelas estrelladas del jardín de los placeres. ¿De dónde procedían aquellos ramojos y escamujos, esas raíces entrelazadas, bulbos y cepas, pampanadas y frondas? ¿De dónde ese follaje intenso, esas rosaledas, esas selvas umbrías, esos bosquetes? ¿Multiplicábanse en su fantasía de manera instintiva o por obra de un azar maravilloso? ¿Eran, acaso, remembranza de los ramos y coronas de cera, o celulosa, o tela, o latón, que proliferaban en los túmulos de los olvidados cementerios y en los altares de las capillas y los templos provincianos? ¿O era, tal vez mejor, la captación magnífica de la mirada cósmica, cuasi deífica o deífica de un todo, que difumínábase a través de las vidrieras de la iglesita de Senlis? Cierto es que los cuadros de Séraphine, como representaciones maníacas de ornamentos foliáceos y florales decorativamente estilizados, al mismo tiempo y más que eso, mucho más, eran arabescos de una como revelación íntima, comulgante, consubstanciada, un mundo alucinante de jeroglíficos floreteados sólo comprensible para ella y para aquel Dios a quien ella parecía escribir sus extáticas cartas de amor. No es jactancia de mi parte creer que su Dios de esos días era yo, más que el señor Uhde, más que el propio Dios…

—Quiero retratarte desnudo sobre un fondo de floresta —me dijo una tarde calurosa de estío, solos los dos en la soledad del *atelier* recóndito. Quiero hacer un Adán virginal, primigenio, tendido en el follaje del Paraíso, antes del Pecado, antes de Eva, antes de la Serpiente…

Pensé que consentir en proposición semejante habría de traerme problemas con las autoridades del asilo. A buen seguro, perdería mi empleo en aquella Francia de entreguerra, deprimida y sin mayores oportunidades para quienes como yo sólo habíamos alcanzado a completar la educación primaria. La doctora Tottlingen o la señorita Cosette, ambas a un tiempo, me acusarían de abuso camal con los pacientes, de violación, de seducción de ancianos (se puede violar y seducir a los ancianos igual que a los menores), de estupro, de corrupción, de libertinaje, de atentado contra la moral y las buenas costumbres. De inmediato, se me seguiría juicio y…, me someterían a condena penal. Indeciso estuve por días y semanas. Séraphine insistía en su intención vez por vez. Me rogaba la aceptación con su voz modorrosa de niña malcriada. Por momentos, se ofuscaba y me lo pedía a gritos y con palabras groseras. Finalmente, consentí. Desnudo, tendido sobre un viejo diván rosa-mexicano donde destacábase aún más mi blancura de «vikingo» desplegada en todo su largor, una hoja de parra apenas cubriéndome las partes púdicas, posé para Séraphine

horas de horas. Ella pintaba y pintaba, tensa, nerviosa, empinándose sobre su pequeñez de gallinita portorriqueña, de potoquita jabada, de capullo incipiente, como aparentando no percatarse de mi hermosura. Pintó en primer plano, tendido sobre el diván, en actitud displicente, mi cuerpo hercúleo, mis músculos pectorales que formaban dintel por encima del hueco torácico, libero y glabro, mis brazos membrudamente formados que parecían crecerse por efecto del terso y rubio velludillo, y anclados, ellos, en la masa oval de los deltoides; mi profusión musculosa, mis muslos largos y fornidos, el acabamiento de mi modelado, el ansia jovial que rodeaba la mole gigante de mi cuerpo todo. Detrás de mí, la selva tropical. Las hojas céreas del árbol del pan alternando con la delicada fronda de los. palmerales. Flores de pascuas y buganvillas agregando sus manchas de color verdirrojo y morado lila o nazareno. Las punzantes espinas del cactus llamado «pera espinosa» preservando las frágiles flores gualdas abiertas a la luz del sol. Los matapalos con sus raíces adventicias restándole espacio vital a los frangipanes arracimados de pétalos sobrepuestos, a los palosdeaceites, a los algarrobos, a las cañafístolas y a los guayacanes de flores azuladas y frutos con carpelos amarillos. Plantas carnívoras de flamantes nectarios, orquídeas insospechadas, helechos y líquenes, algas filamentosas, especies de un mundo perdido que sólo parecía existir en la mente alucinada de Séraphine.

Un día, el cuadro estuvo terminado. Séraphine, delirante, vino hasta mí y me besó en la boca. Impávido me mantuve al tiempo que ella prodigábame las más tentadoras caricias. Por un rato, permaneció medio acostada exhalante en el diván, a mi lado y también desnuda. Sobre mí sentí sus vaharadas de aire caliente impulsadas por la lascivia. De cerca vi sus ojos profundos, aunque avivados por el ansia del sexo, más hundidos que nunca. A disgusto, también palpé su piel como pergamino viejo mal pegado a unos huesos que no sujetaban nada. No intenté poseerla. Tampoco ella procuró poseerme a mí. Simplemente, aguardamos lo que podría pasar, uno al lado del otro.

Cayeron sobre mí la vergüenza, el tormento de creerme descubierto como enfermero abusando carnalmente de los pacientes, la pena, un como arrepentimiento espantoso, una negrura compacta y viva, el temor a lo que dirían la doctora Tottlingen y la señorita Cosette, sin saber qué responder. Esa misma tarde renuncié a mi cargo. Entristecido, dije adiós al Asilo de Ancianos de Clermont. Desempleado me fui, atónito, con un dejo de malestar en el pecho, sabiendo que ciertamente estaba enamorado de Séraphine y de su pintura, pero contento de no haberla poseído, y, mucho más, de que no me hubiesen alcanzado los dardos retaliadores de la doctora Tottlingen y la señorita Cosette. Dispuse, por los siglos de los siglos, que no la vería más. ¡Oh, Séraphine, mi querida Séraphine!

Perennizado había quedado, peor, con mis entrañas puestas a la vista de todos, en un lienzo magnífico que, ahora, lujosamente enmarcado, debe exhibirse en la sala principal de alguno de los grandes museos de Europa… Al poco, por la prensa local, me enteré de su muerte y, en seguida, con el producto de mi cesantía laboral, decidí emigrar a América.

No cabe contar, querida Séraphine, las peripecias por las que hube de pasar antes de instalarme, final y definitivamente, en Puerto Ayacucho. Creo que escogí el lugar porque, de algún modo, el paisaje circundante me recordaba tus selvas tropicales y tus ramilletes de perlas ensartadas, esmeraldas y amatistas. Aquí, en esta pequeña población de la Orinoquia venezolana, me he desempeñado como técnico-electricista (yo, que no sabía distinguir la electricidad «positiva» de la «negativa», ni un voltio de un amperio; yo que no sabía lo que era una corriente alterna o una onda electromagnética). Quiero decirte, sí, que como tal técnico-electricista me he ganado la vida al cabo de estas cinco décadas. Y que, ahora, ya septuagenario como tú cuando estabas en el asilo de Clermont, nunca he dejado de ser fiel a tu memoria. ¡Te quiero, Séraphine; siempre te quise, a pesar de tu senilidad y de mi juventud de entonces! Por ti, sólo por ti, jamás osé casarme. Las pocas veces que hice el amor para dar salida a mis naturales ímpetus varoniles, fue con mujeres circunstanciales, normalmente indígenas, pequeñas, ajadas, de miradas oscuras, y viejas, en algo parecidas a ti. Por el contrario, cada noche te sueño. Siempre nos amamos sobre un fondo de florestas. A distancia, cauteloso y alerta, el bueno del señor Uhde, acariciándose su barba de perilla con los dedos puestos en forma de copa, parece bendecir nuestra unión.

Mayo de 1984

LA PASIÓN DE JUAN CONEJO

A los poetas Luis Alberto Crespo y
Ángel Eduardo Acevedo

¡Y qué sabe José Ignacio! ¡Qué sabe doña Eva! ¡Qué sabe Morela o su marido, el del algodón! ¡Qué sabe mi hermano Pilar, sólo pendiente del ordeño y de sus tragos de «Palmita»! ¡Ellos qué saben! Avisaron temprano que me iban a venir a buscar para llevarme de regreso a «Las Chaguaramitas». Desde por la mañana vi a Morela descolgando mi chinchorro y arrejuntando mis macundales. Quiere que me vaya de su casa. Su marido se lo dijo bien claro: Llévense ese hombre o va a cometer un disparate. Ahora me les voy por ahí, por los caminos, más allá de los potreros, por la orilla de la quebrada, por los montarascales, por cualquier parte. Y si me agarra la noche, dormiré en el maizal, revoleándome entre las hojas secas, no importa si me muerde una cuatronarices, nada me importa ya, jodido como estoy, vuelto mierda, enloquecido otra vez, con el pasodeluna rebulléndome en la cabeza, hincándome las sienes, aplastándome la memoria, desmigajándome los sesos, camina que te camina que te camina por esos mundos de Dios, hasta el Banco Telesfero, más allá, hasta Majomal, hasta Espino, buscando hacia La Tortuga, hacia Garcita, hacia La Culebra, aunque la resolana y el sereno me echen a perder más, bien escondido entre los mogotes, margulléndome en las sombras, sin dejar que me encuentren ni atender a sus llamados y esporororos: ¡Juan Conejo!… ¡Regresa, Juan Conejo!… ¿Dónde diablos te has metido?…

¡Mira que te puede pasar algo!… José Ignacio o Quiénsea perderá su viaje. Que no me van a hallar. Que no van a aguaitar ni el rastro de mis chacaretas… Que más nunquita van a saber de mí… Apenas si se darán de cuenta que me les fui. No se darán de cuenta. Que no se darán. Puros cabrones. Puros habladores de pendejadas. A nadie le importa un carajo lo que le pasa a los demás. Nadie tiene que ver con lo que traigo aquí adentro: este dolor muy mío, muy sobre mí, atorado en la garganta y retorciéndoseme en el pecho; este pujo de malamadre que me tiene las costillas como un tasajo; hecho una grima, una chamiza, un cualquiercosa. ¡Qué saben ellos, qué van a saber! Nada saben de mi furia: esta rabia, este enfurruñamiento, este rencor, como para matarme y matar a los demás aunque no tenga nada contra ellos, aunque los quiera mucho o me hagan falta. ¿Quién tiene la culpa? Yo sé quién la tiene. No lo sabe José Ignacio. No lo sabe mi hermano

Pilar Conejo. Ni doña Eva. Ni Morela y su marido. Ni el ánima de mi madre lo sabe. Ellos sólo creen que me volví loco otra vez y que me tienen que amarrar a la pata del acapro con un chicote bien grueso. O llevarme para Bárbula. Ellos sólo creen que se trata del no querer comer, ni hablar con la gente, ni moverme para nada. Como si todo fuera en la vida la comedera y la cháchara y el recoger algodón o fríjoles y el domar un caballo, pidiendo puerta y dándole sabana. Yo sí sé de quién es la culpa. No puedo seguir haciéndome el gafo, nada más que cogiendo camino, esgaritándome por estos montes, entecándome sin pasar bocado, buscando algo para olvidar o, pendejo, guardándome las ilusiones. La culpa es de Glenda. Claro que es de Glenda. Tenía que haberla forzado, allí mismo, en la cocina, a la orilla del fogón, por la mañanita, en el entregallo, cuando me servía el café. Verdad es que, cerca, siempre estaban el gamonal de la cosecha y los otros peones, muy contentos, muy satisfechos, muy conformes con lo suyo. Y, también, muy fisgones y lengüeteros. Y, entre ellos, a cuatro ojos, Diosdado Pifíate, de los Pifíate del Bajo Felisolero, el mapleto que le sirve de marido, un berreñeco casco de muía, un cagón de esos que lleva la madrina a pie, un desmamantado que ni siquiera sabe ponerle preparo a su mujer y que, a buen seguro, tampoco sabe singársela, que de lo contrario no andaría tan forrada y en clarines, mostrando siempre lo que Dios le dio para ocultar o para enseñárselo sólo a su hombre, ni tan refistolera y reílona, pelándole sus dientes de mazorca a cuanto macho nuevo le pasa cerca, pechiparada y faculta, guabineando y dicharachando de aquí para allá y dejando el esterero por donde quiera que cruza. Pero de verdad, bien bonita la condenada. Alta y larguirraba como una garza paleta. Guaparrandona y más prendida que un macán. Sin nadita de empella en la barriga, sin nadita de infundia, moviéndose rápida como una gallinita de monte. Con los ojos abierto tes como luces intensas. Con el negror de su pelo de noche bien oscura. Y enfrutacada en su falda pegadita como cosida en el cuerpo, sin el fustansón ni la pantaleta que nunca ha usado en su vida. ¡Y el par de tetas! ¡Qué par de tetas las que tiene! Una lindura, pues. He debido fajarme con ella. Sí, he debido fajarme. Y, cucarachón, seguir fuñéndola con mi lambelambe, calentándole la oreja, embullándola con mis promesas, ofreciéndole una casa de bahareque, una casa bien empañetada, y bastante morocotas, fuertes y monedas de a cuatro, cinchándola como es debido, bien empuntado en mis trece. De haber seguido haciéndole la rueda, suave y tranquila, sin embrollos, habría terminado escarranchándose. Ahí mismo se habría levantado la falda, si es que levantársela podía de tan pegadita que se la pone la muy puta, o mejor, se la habría quitado de un todo, y yo, yo, Juan Conejo, con mi calentura ardorosa, enmarañado de felices calosfríos, con el resuello saliéndoseme por los poros, besándola en el

guargüero, en el pelo, en el vientre, en los pezones, bebiendo de su boca, de sus labios, sujetándola bien, traída hacia mí, ajustadita y queriente sin resabios ni mañoserías. Ahí mismo me la habría pegado, a la orilla del fogón cuando me servía el café de brusca, sobre la troje donde duerme con Diosdado, en mi chinchorro de guaralillo nuevecito, el que me tejió doña Eva y todavía no me he estrenado, enhorquetados los dos, sujetándonos de las cabulleras, o en un claro cualquiera del monte, alumbrándonos nomás con la luz de las estrellas. ¡Caráchale, Juan Conejo, quién te hubiera visto! Sí, he debido fajarme, en lugar de fuir y ensotarme en este maizal toposo, guayando, guayando nomás. ¿Por qué no lo hice? ¿Por qué no lo hiciste, Juan Conejo? Un embraguetado como tú. Se cuenta y no se cree. Por Diosdado no habrá sido. Ese pobre pingo jamás me habría causado porfía. A ese requeneto burro maranto lo tumbaba yo de un solo empellón. O, mejor, le cortaba la cabeza de un tajazo, sin sentir nada de remordimiento, sin que me temblara la muñeca, ni un pelo de la cabeza, ni ninguna otra parte del cuerpo. De cualquier modo habría desaparecido el cadáver después sin llamar la atención de la gente. Más bien sería por lo de las piernas. Ya no me queda sino un tantico de fuerza. Apenas para caminar. Ya no soy el mismo Juan Conejo de antes, el mejor domador de bestias de estos andurriales. Que lo diga mi compadre Marcos Gámez. Que lo diga el difunto Jesús Hernández o el también difunto Nicolás Felisola. Que lo diga Ramón Pérez si es que todavía vive. ¡Ah tercio bueno y bien plantado, ese Ramón Pérez! Que lo diga Luis Ledezma, el de «La Malquerida». Que lo diga el pariente José Ignacio, que fue de todos el que más se enriqueció con mi doma. No, mejor que no lo diga el pariente José Ignacio. Él es muy embustero. A él nadie le cree ni una pizca de lo que dice. Él se la pasa leyendo libros. Y también lee los periódicos que encarga a La Pascua. De ahí saca esas historias y consejas con las que emboba y hace reír a los demás. Mi hermano Pilar y otros alelados como él, se las celebran todas. Yo no le celebro nada. Nada de lo que cuenta se lo creo. Yo pienso que José Ignacio no tiene la cabeza en su lugar, ni sabe lo que dice. Tampoco le creo que me va a venir a buscar ahora. Ese camino de «Las Chaguaramitas» hasta «El Corroncho» está demás de malo, lleno de sartenejas, y él, siendo como es, por nada va a meter su *wagonier* nuevecita a dar barquinazos por estos bajumbales. Si dijo que venía fue nomás por calmar a la arbolaria de Morela. Añales hace que yo no puedo encaramarme sobre una bestia. Antes no, antes era distinto. No había potro resabioso por estos vientos que no se las viera conmigo. Mordisqueaban, resoplaban, pateaban, corcoveaban, daban saltos casi hasta las nubes, y yo encima de ellos, al pelo, sólo apretando las horquetas. De la majada, enseguidita los sacaba para la sabana. Horas de horas, resistiéndome, resistiéndolos. Al tiempo,

regresaba descamisado, hecho una lástima por los arañagatos y los jalapatrás, los cujíes negros y los guaritotos; todos los espinares de estos .montes, valdría decir; pero, con el animal mansito, listo para dejarse amarrar o ensillar sin desbarajustarse. Al regreso, la gente del hato siempre me aplaudía y me daba abrazos y palmadas de felicitación. No faltaba quien sacara su tareca para probar el animal que ya estaba vuelto una seda y podía trotar largo, galopar recogido, recular o hacer cualquier pirueta a voluntad del jinete. Todos se quedaban boquiabiertos, cantándome alabanzas. Y era que, de verdad verdaíta, sin conjuros ni oraciones ni artes de magia, yo era un tigrón, una mandilata, el mejor amansador de estos lugares. Hasta de Calabozo y San Fernando, de Las Mercedes y Pariaguán, me mandaban a buscar para que amansara, pues ya la fama se había corrido como un reguero. Razón tiene mi compadre Marcos Gámez cuando dice que a su compadre Juan Conejo nunca lo tumbó un caballo. Y si acaso me tumbó, que no me acuerdo, el bicho se caía conmigo. Debajo de mí, por supuesto. Siempre, debajo de mí. Ya se hace tarde y nada que llega José Ignacio. Morela debe de andar preguntando: ¿Y qué le pasaría a mi papá? Y el marido jochándola: Llévense a ese hombre, llévenselo o va a cometer un disparate. Puede que llueva. Éstos son los días de las cabañuelas. Encima de mí hay una nube negra. Ojalá que el viento se la lleve bien lejote. No dilata en caer las primeras gotas de agua, grandes y gruesas, mapolazándole el cuerpo a uno que está en descampado. Lloverá o no lloverá, pero lo que soy yo no estoy dispuesto a moverme de aquí para darle gusto a Glenda, y a Morela y a su marido. No me moveré. Por nada, me moveré. Y mejor me vuelvo a pensar en aquellos tiempos de mis triunfos como amansador. Siempre bien montado por esos caminos y con el dinero bastantote que como sorgo me ganaba por esos días, y que repartía a manos llenas, de gallera en gallera, apostando dieces a fuertes, de joropo en joropo, jembreando a cuanta indiecita o catira buenamoza se me atravesaba, bailando la noche entera como una zaranda en tiempo de cuaresma hasta que los huesos se me aflojaban, pero sin cansarme. Me acuerdo de Tomasita Medina, hija de La Tomasona, nieta de María Virgilia, la que hacía las mejores empanadas de pan de horno de por aquí. Me acuerdo de Juvencia, empaquetada en sus trajes de Holanda olorosos a alcanfor y bien fundamentosa; de Ismelda, la de Platanillar; de Candelaria Farfán, un candelorio de mujer que lo dejaba a uno hediondo a chamusquina; de Trinita, la del Crucero de Jácome; de Emiliana Carpió, la que después se sacó Rito Quereigua; de Edelmira Al varado, pidiéndome siempre que le besara las corvas para sentir la cosquilla; de Celedonia Belisario, de Conchita Seijas, de Asunta Marcano, de Ramona Ace vedo. Todas desfaratadas por mi verga. Todas, mejores que la muérgana esa de Glenda, tan echona y tan

tribilina. También me iba a los mabiles de La Pascua. Y las putas se ponían de agüita cuando yo llegaba. ¡Llegó Juancito Conejo! Se pasaban la voz unas a las otras, y se arracimaban encima de mí, porque era yo el que más les brindaba y más las complacía. Más que los Camero y los Arzola y los Rubín y los otros ricos de verdad, cicateros, engorrosos, reparistas y alzados con las pobres mujeres. Yo, no. Yo les brindaba lo que quisieran tomar: menta, brandy, whisky, cerveza, guarapita o el anisado Garlín que era lo que más pedían. Y les daba dinero para la rocola. Y no les andaba con engañifas. Y las engüeraba. Y me chercheaba y bailaba con ellas: *Los marcianos llegaron ya, / y llegaron bailando ricachá*, o aquel bolero de «Los Panchos» que tantote me gustaba: *Perdón, vida de mi vida. / Perdón, si es que te he faltado. / Perdón, ángel adorado. / Cariñito amado, dame tu perdón*. Después, entiempado, rijoso, más templado que una tira-tira, me llevaba al cuarto a cualquiera de ellas y le enjullía mi roliverio de garrote hasta la propia madre. Oigo el ronroneo de la *wagonier* de José Ignacio. El hombre como que va a cumplir su palabra. Debe venir por el rabo de la laguna. Por el palo de aceite, ahora. Y ahora, por la vuelta del cotoperís. Mejor será que termine de llegar. Ahorita son como las cinco de la tarde y no demora en anochecer. El sereno me puedo dañar más de lo que estoy. Y ya me canso de estar acuclillado en este terregal. Y ni un buche de agua he pasado por el gaznate. Aunque esto de la hambruna y de la sed no es lo que me pandea a mí. Cada vez que me da la tontorequera la cojo por no comer. Mejor será que el pariente José Ignacio llegue de una vez. Me acuerdo del primer atarantamiento. Ahí comenzó mi demalía. Pasé como una semana, quizás dos, sin comer nadita. Ni una burusa de arepa, tan siquiera. Me amañé a la soledumbre, viendo tararías por todos los recodos. Le cogí tirria a la gente y no hablaba ni dejaba que me hablaran. Cuando alguien me miraba, me daba arrechera. La sangre se me desacomodó y amurrungado me la pasaba en los rincones, como una gallina empollando. Por quítame esta paja, me daba topetazos contra la pared, contra el suelo, contra las silletas y las mesas. Y contra los troncos de los árboles y los estantes de la cerca también. A los días, cogí a bandear por los caminos, y le barajustaba a todo el que encontraba, con ganas de golpearlo, de malherirlo, de matarlo; de matarlo, sí, para beberle la sangre. Fue entonces cuando José Ignacio me mandó a buscar con la Guardia. Busca que te busca, me encontraron más allá de Santa Rita, por la vía de Cabruta. Y maniatado, pechoepaloma, me trajeron para amarrarme en la pata de un acapro. Esto te pasa por hacer tantas rubieras, me decían José Ignacio, y doña Eva, y mi hermano Pilar. Ahí pasé días y semanas, a sol y agua, con mi persogo a cuesta, hasta que llegó Varsovia, otra de las hijas de José Ignacio, la que vive en La Pascua y está casada con el

turco de la joyería, y dijo que debían llevarme para Bárbula, un manicomio que está más allá de Valencia. José Ignacio no dice «manicomio», sino «casa de orates», siempre tratando de lucirse con sus palabras de domingo. No sé si para bien o para mal, a Bárbula me llevaron. Allí me puyaban con unos corrientazos en la cabeza y me pusieron a dormir todo el tiempo a fuerza de pepas. A los meses me alenté y pude regresar. José Ignacio fue a buscarme y me trajo, de nuevo, para «Las Chaguaramitas», tirado al estricote, destutanado, sin volver a amansar mis caballos ni poder bregar en serio. Sólo ayudaba a doña Eva a regar las matas, a recoger la basura, a darle de comer a los cochinos y a cuidarle el corral para que los mapurites y los conejos no se comieran los huevos. En eso me la pasé hasta entualito, cuando el marido de Morela me contrató. Quería que le ayudara a recoger la cosecha de algodón y a canaletear las pacas hasta la orilla de la carretera. Convine porque necesitaba unos cobres, pero sabía que eso me iba a dañar. Ya no tengo ninguna fuerza en las piernas ni en las coyunturas. Ahora sí, como que llegó José Ignacio. Se oye el ladrido de los perros y el rumoreo de la gente. Ahora, se oyen los gritos buscándome. ¡Vente Juan Conejo! ¡Vámonos para «Las Chaguaramitas»! ¡En ninguna parte vas a estar mejor que allá! ¡Aparécete Juan Conejo! ¡No te escondas más! ¡No te hagas el merecido! ¡Ya metimos tus corotos en la *¡wagonier*: tu capotera, tu chinchorro, tu cobija de agua! ¡Juan Conejo! ¡Juan Conejo! ¡Juan Conejoooo! ¡No te hagas de rogar! ¡No seas quisquilloso Juan Conejo! ¡Si no sales te vamos a buscar con la Guardia! ¡Sal Juan Conejo! ¡Si no sales, voy a mandarte para Bárbula de nuevo! ¿Dónde estás Juan Conejo?… Que griten bastante. Que se esgañiten. No voy a salir. No voy a salir todavía. Que esculquen por todos los rincones, por los potreros y el maramaral, por la majada, en el granero, entre los algodones y los maíces. Que revisen cada recodo. Que me busquen por dondequiera, en cada palenque, detrás de cada mogote. Que se cansen… Mejor, salgo. Mejor sería salir. No se aguanta el calorón ni la piquiña. Ya está oscureciendo y, de verdad, parece que va a llover. Encima de mí sigue la nube negra. Éstos son los días de las cabañuelas. Allá están todos, a la pata del tranquero. A medida que me acerco, los preciso: José Ignacio, doña Eva, mi hermano Pilar, Morela y su marido, el gamonal Josefo Padilla, y los peones. También están los peones, el pandorga de Diosdado entre ellos. A buen seguro, se burlan de mí. Nada me importan los quedices. No vivo de los díceres ni de los chismorreos ni de las cuchufletas. Nada me importan las cuchufletas ni las cufletillas. Me importa, sí, que también está ella. Ella, la Glenda, de primera, encarapichada sobre la talanquera, pechiparada y reílona, provocando, provocándome nomás. Pero, la voy a insultar, la voy a ofender hasta que se me ocurra. ¿Está o no

está? Como que no está. ¿Será que veo tararías de nuevo? Sí, sí está. Con su falda pegadita. Rebuena, la muy zafrisca. Mejor no la insulto nada. Mejor me callo la jeta. Pero, escúchala. Escúchala cómo se ríe para enconarme más. Claro que tengo que insultarla, para que aprenda a respetar y sepa, la reputa, *que de un hombre no se burla una mujer*. Ya la tengo cerquita. Le diré, le digo, le estoy diciendo: «¡Puta, maldita, eres la única yegua que me ha tumbado en la vida!» ¿Me oiría? Quizás, no me oyó. Las palabras no me salen. Echo espumas por la boca. Veo chiribitas. Y la rabia me ha entrabado los dientes. Seguro, seguro que no me oyó. Si hasta se acercó a despedirnos, con Morela y el marido, a la puerta de la *wagonier*…

Enero de 1987

LA VERDADERA HISTORIA

Soy el Adán primigenio y mi primera mujer (que no la única) fue la Eva bíblica. Al parecer, el Señor Dios la hizo de una costilla mía que había sacado de mí cuando hallábame dormido en un profundo sueño, porque (a su juicio) no era bueno que estuviese solo, sin ayuda y compañía que me fuera semejante. Y, aunque así efectivamente ocurrió: creo que fue ella la que prestó su costilla para que se me diera forma a mí. Sí, fue ella la que terminó vivificándome. Ella a mí, y no yo a ella. Casualidad excluida, recuerdo que su nombre viene del hebreo *hiyya*: dar la vida. Formada que fue (yo primero que ella o ella primero que yo), con ella viví en los tiempos alborales. Vagábamos, casi levitantes, por el *jardín del Edén, una tierra situada al oriente de Canaán. Nos amábamos castamente, desnudos y sin percatarnos de nuestras desnudeces. Aunque estaba pronta a entregarse, me abstuve de ella, y no obedecí a la tentación que me ofrecía Satán. / Apareció sin velo en la noche, y las tinieblas nocturnas, iluminadas por su rostro, también levantaron aquella vez sus velos. / No había mirada suya en la que no hubiera incentivos que estremecieran los corazones. / Mas di fuerzas al precepto divino que condena la lujuria sobre las arrancadas caprichosas del corcel de la pasión, para que mi instinto no se rebelara en contra de la castidad. / Y así pasé con ella muchas noches como el pequeño camello sediento impedido de mamar por causa de la escotilla. / Tal, un jardín, donde para uno como yo no hay otro provecho que el ver y el oler. / Que no soy yo como las bestias abandonadas que toman los pensiles de pasto. /*

Diríase que la quería «como huesos de mis huesos, y carne de mi carne»…

Después fue el embrollo de la serpiente, mal contado por la historia y por la mismísima Biblia. No fue la serpiente la que nos indujo a comer del árbol prohibido. No fue ella la que nos señaló la manzana. Fui yo quien urdió la estratagema. La serpiente era yo. Yo era la manzana. Diseminada la tenía, vuelta migas, en el hervor de mi sangre. Fui yo, quien disfrazado de serpiente, tenté a Eva. Fui yo quien le abrió los ojos y le prometí que, como diosa, conocería de todo, del bien y del mal. Fui yo quien le dio a probar el fruto. Fui yo quien lo degustó primero. Y no podía ser de otro modo, porque bien sabido se tiene que yo era Dios. O, como Dios, hecho a su imagen y semejanza. Fue entonces cuando Eva supo para qué había sido formada y, astuta, me llamó:

Dueño mío, Hombre
¡oh! nombre dulce,

vente a mí, de noche.
Si no, si no quieres
ireme a ti
—¡dime adonde!— a verte.

Y yo fui a ella. Y ella vino a mí. Llenos, cada uno de su propia embriaguez. Tímidos, como el amigo que busca el contacto furtivo. Arrastrándonos, insensibles, como el sueño. Elevándonos, dulces, como el aliento. Para dejarnos vestir, con la mano del amor, en la noche, por una túnica de abrazos que rasgó la mano de la aurora. Fue entonces, después de entonces, cuando Dios nos encontró de nuevo.

—¿Dónde están? —nos increpó.

Y yo, sin saber qué contestarle, me atreví a responder:

—Escondidos, estamos escondidos, llenos de vergüenza, porque estamos desnudos.

Y Dios supo replicarnos:

—¿Por quién han advertido que están desnudos, por quién, sino por haber comido del fruto que yo les había vedado que comiesen?

E indignado prometió que pondría enemistades entre nosotros y aseguró, vomitando truenos y centellas por sus ojos de rayo, que ella quebrantaría mi cabeza y que yo andaría acechando a su calcañar. Prometió igual que ella multiplicaría sus trabajos y sus miserias en sus preñeces y que con dolor pariría sus hijos y que yo, yo, habría de sacar de la tierra con grandes fatigas el alimento en todo el decurso de nuestras vidas, y que ganaría el pan con el sudor de mi rostro hasta que con la tierra volviera a confundirme y, puesto que polvo era, a ser polvo tornaría. Y, como sanción final, nos expulsó del Paraíso, seguidos de cerca los dos por un flamígero ejército de querubines armados.

Tales maldiciones se han cumplido por siglos y milenios. Algunas, muchas han amainado con el paso de los años. Ahora, existe el parto sin dolor y hasta la fecundación *in vitro*. Por lo que toca a la obligación del trabajo diario, con el maquinismo, los avances técnicos y científicos, las luchas sindicales y el progreso social en sentido genérico, ésta ha disminuido bastante; pensadores hay que se atreven a anunciar y a celebrar el inicio de «la civilización del ocio», dentro de la cual los infelices mortales tendremos que trabajar cada vez menos y podremos disfrutar de mayor tiempo libre. De todas las predichas condenaciones, sólo ha conservado pleno vigor la primera. Al cabo del tiempo, es innegable la preeminencia de la mujer sobre el hombre. Ella es la auténtica Reina de la Creación. Ella concentra dentro de sí toda la poesía y toda la infamia; como Libusa; como Lucrecia Borgia, Inés de Hungría, la reina Margot, Isabeau, la sultana Roxelana, Bianca Capello, las zarinas rusas del siglo pasado, capaces de encender el más

fogoso amor para tiranizar a sus expensas.

Ella selecciona la especie.

Ella se encarga de la educación de los hijos.

Ella sigue quebrantando mi cabeza.

Y yo…, yo, seguiré hasta el fin de mi descendencia, acechando a su calcañar; sólo por no haber aprendido a trascender su Belleza y mi Placer en la perfecta unión de los contrarios.

Ésa es la verdadera historia.

Toda la culpa es mía…

Julio de 1981

NOVIA SURREALISTA

Había quedado de encontrarme con mi amigo en el café *Aux Deux Magots* a las doce del día, pero la impaciencia por demás explicable hizo que procurara acercarme al lugar de cita con bastante antelación. Mi amigo llegaba de Venezuela y traía noticias frescas del país y de la familia y de los amigos de la cuerda. Tomé el metro en Ménilmontant hasta Berbés-Rochechuart e hice correspondencia con Porte d'Orleans. Me bajaría en Odeón o en Saint Germain de Prés. Mejor, en Odeón. Caminar unas cuadras no me vendría mal después de aquel desayuno opíparo. Un desayuno desnatural, diríase. Para entretenerme, me puse a ojear la versión francesa de *Los pasos perdidos* de Carpentier en edición de bolsillo. No pude concentrarme en la lectura. La inminencia del encuentro con mi amigo me perturbaba. Preferí, por tanto, fisgonear los rostros y ademanes del gentío que se apretujaba en el vagón.

Un muchacho negro, con traje estrafalario, entonaba el *Running Bear* que otrora hiciera famoso a Johnny Preston. Luego, comenzó a recoger dinero en una especie de tricornio de la guardia civil española, sin que la sonrisa profesional se borrara de sus labios apelmazados. Dos asientos más allá, una pareja turca discutía en un dialecto incomprensible. El hombre llevaba un fez. Y la mujer, la cara velada. Muy repentinamente, la mujer cambió de puesto. Un cartero sudoroso portaba al hombro un bolso repleto de mensajes. Sobre el uniforme, a todas luces grande, cargaba una reluciente condecoración de guerra. A mi lado, iba una señora mayor. Francesa, a no dudar, por la circunspección de su compostura y por el hieratismo de sus rasgos. Parecía una gallina en trance de empollamiento. Su sombrerito de fieltro marrón simulaba una cresta. Y su papada, rubicunda, un plumaje sacudido. Delante de mí, otra señora imperturbable leía *Le Monde*. El asiento a su lado permanecía vacío. Fue allí donde se sentó la muchacha que abordó en la estación siguiente.

Era la perfecta imagen de la *femme-enfant*. Siempre me sospeché que terminaría encontrándola. Aunque, a decir verdad, tuve que esperarla mucho tiempo. A través de algunas lecturas, con anterioridad, había logrado intuirla. Podía ser la Balkis tan cara a Gerard de Nerval y a Alfred Jarry. Podía ser la joven hechicera-mirada de landa de Michelet o el hada del grifo de Gustave Moreau. Podía ser la Elise destinataria de *Arcane 17*. O la niña que llega a ser mujer de René Crevel. Pero, el amor de esas heroínas del arte era un amor precario, puramente contemplativo. Ahora, ella se me presentaba en carne y hueso, respirante y corpórea, de improviso, vestida de negro.

Toda vestida de negro. Su busto casi masculino difuminándose bajo la negra blusa de tablones. Blusa de uniforme de colegiala, con sobrecuello de piqué blanco, redondo, y un lacito de brocatel de seda, negro también, menudo y oscilante. Y la negra falda atachonada cubriendo unas caderas para la *unión libre. Caderas de barquilla, caderas de araña y de colas de flecha, y de cañones de plumas de pavo real blanco, y de balanza insensible,* hubiese dicho Bretón.

Y las medias de algodón, rigurosamente negras. Idénticas a las que mi madre llevó y lleva aún, después de la viudez. Medias para cubrir unas piernas de meteoro, como las de mi madre joven y como las de ella, para no ser vistas ni siquiera imaginadas por mortal alguno. Piernas, en fin, con ritmo de tambores primitivos e imantada precisión de aguja de marear y pantorrillas de légamo primigenio y pies de puntas de bizcocho y de números dígitos y de animalitos de plastilina, calzados por unos zapatos negros de patente, con la punta redonda y el tacón breve, brevísimos. Nadie hubiese dudado que también eran zapatos de colegiala. A partir de esas puntas romas, como naciendo al mundo, volví a subir la vista. Me detuve, gozoso, en la finura de sus jostras, en el lustre especular de sus empellas. Por momentos, viví la ilusión de que mis plantas cansadas disfrutaban su suave interioridad de babuchas. Recuerdo que, de niño, acostumbraba calzarme con las babuchas de mi madre. Y, adolescente, terminé enamorándome perdidamente de Mme. Bovary. Y, sobre todo, de sus minúsculos pies. En su nombre, padecía frecuentes poluciones nocturnas y siempre tenía que sortear la sorpresa escandalizada de ver mi descarga arreciándose sobre la punta de sus botines.

Pero ella, la mujer-niño, mi mujer muchacho del traje negro, estaba a mi frente, dulcísona y entera, expectante, como el husmo. Por ratos, presentí que me hacía ojitos. Era ella algo más que pies y algo más que brevísimos zapatos de colegiala. Debía gozármela toda. Quizás, habría de bajarse una o dos estaciones más allá. Quizás, no tuviera tiempo de detallarla completa. Por eso, mi vista prefirió seguir subiendo. Se detuvo, entonces, en su tobillos. Eran tobillos de montaña diminuta, con macizos de greda y cuchillas de amianto. Tobillos para ser lamidos hasta el desgaste, con lengua viperina, acaso trasnochada. Y otra vez, fueron sus pantorrillas de légamo. Y otra vez, sus piernas de meteoro. Hasta llegar a sus rodillas. ¿Cómo pasar por alto sus rodillas? Marmóreas. Imperatorias. Sin rasguños ni nodulos. Sin deformaciones ni maltratos.

Y por debajo de la negra falda atachonada, el liguero rosa que sostenía la media negra. Y por debajo de la media negra y el liguero, el muslo apesadumbrado, desconcertante, como un pez moribundo dejado por la ola a merced de la arena. Y, más arriba, la braguita, también negra, de primoroso encaje. Blondino y con pasamanerías.

Entolado sobre un sexo del que veo emerger mi rostro con un remedo de sorpresa, lúdicro, jadeante, entrecortado.

Sexo suyo de ella, capitel de un templo antiguo que persistió los siglos, fragua de armas feroces, invencible ideal, mundo que vibra como dulcémele, con estremecimientos y besos infinitos. Sexo de flor de mayo. Sexo de brea y de cabra encelada. Sexo de detritus marino y conserva de coco recién hecha. Y su vientre de playón de río. Y su vientre de represa. Y su vientre de salto de acróbata y de grito de guerra y de bandera de paz desplegada de aquí para allá sobre el viento. Y sus nalgas de balón de fútbol. Y sus nalgas de mariposa al vuelo. Y su espalda de espejo que lleva el tiempo. Y su espalda de fluido eléctrico.

Y su espalda de laguna irisada por la luz cenital. Y sus senos pequeños, apenas insinuados, como rastro de celaje. Y sus senos de picha bolondrona. Y sus senos de nenúfares dormidos. Y sus senos de talco derramado.

Y su talle de compartimiento de estanco. Y su talle de disputa definitiva entre los amantes.

Y su cintura de alfanje. Y su endiablada cintura de bejuquillo de banco. Sin desdecir de sus hombros. ¡Ah, sus hombros!, hombros de agua lustral y de mastines rabiosos al asalto de la caza. Hombros que se revertían en axilas de algodones impregnados y barbas de maíz tierno, noche de espera en estación y fruto casi esférico de coca del Levante. Con brazos de ramas de alhucema y de mimosácea fecunda. Con brazos como alcándara de sastre de campillo. Con muñecas de júcaro. Con dedos de paje de jineta y lancilla de plata. Con dedos de humo y dedos de temblor. Sus manos…

También sus manos me recordaban las manos de mi madre. Dorso de pulpilla salada. Palma abierta en un sinfín de rayas. Pase magnético. Abecedario de la quiromancia. Puñada y sobajeo, sobajeo y transparencia. Las de mi madre, hechas para almibarar el cabello de ángel y desempolvar los libros y anaqueles de la biblioteca del abuelo. Para bordar campánulas matizadas en las sábanas y fundas de la novicias del pueblo y para armonizar ramilletes en los altares de santos. Manos para encender la vela de las ánimas, cada lunes, a una hora precisa. Las de ella, mi dama del metro, seguramente hechas para *l'écriture automatique*, con una caligrafía menuda a lo Dalí. Para engarzar metáforas y símiles increíbles de grutas encantadas y plazoletas cristalinas y *aeronautas que hablan de la florescencia del aire en el invierno* y puertas que se cierran con estrépito en lo alto de las colinas. Manos para recontar en una noche de estío la leyenda del hada Mélusine o el loco amor de Abelardo y Heloise. O, mejor quizás, para siluetear esqueletos feminiles a lo Leonor Fini, ornados con trajes de gasa, ralos e inconsútiles, y con alones sombreros de pluma. Manos

de pintora, como las que un día concibió la Bona de Mandiargues, con pupilas enclavadas en las yemas de los dedos.

Es posible que se entiendan distintas: las manos de mi madre y las manos de mi dama. Para mí, son las mismas. Manos para la contemplación amorosa y la experiencia mística de la voluptuosidad.

A esas alturas, no sabía ya por dónde andaba. Odeón había quedado atrás. También, St. Germain de Prés. Y St. Sulpice. Y St. Placide. Y Montparnasse-Benvenüe. Mi amigo de Caracas ya no me preocupaba. Poco me importaba su cita. *Los pasos perdidos* de Carpentier era un menudillo de dobleces y de papeles deshechos. Mi dama, mi dama del metro, *ma femme-enfant*, seguía ahí, a mi frente. De sus manos de pintora, de sus manos ungidoras de cadáveres exquisitos, volví a sus axilas y a sus hombros. Vi su garganta de falda del Ávila. Su garganta de criatura de Dios, aún toda aire y toda ánimo. Su garganta de sierpe cleopatrina. Vi su cuello de medallón antiguo. Y su nuca de botella vacía y de silencio deleitoso y de perfume picante que se acaba de derramar en nuestras manos. Y vi su pelo. Su pelo, consumación de la androginia. Cortado a la *gargon* y terriblemente negro. Terriblemente fijo, como peinado en bronce. Igual al de mi madre en aquella postal de *J. J. Caraballo* & *Cía*, por los carnavales de 1930.

Pero no alcancé a ver su rostro…

No vi sus ojos. Ni sus cejas. Ni sus párpados. Ni su frente. Pude imaginar, sin embargo, su nariz. Era una nariz como la de mi madre: crátera llena de agua y vino para abrevar hasta la última gota. También pude imaginar sus labios. Labios de bresca y cornucopia desbordada. Labios de dona nupcial y de fúgida mañana que se vuelve mediodía a poco de haber amanecido. Pero, no pude precisar cómo era su mentón, ni su lengua ni sus dientes. La diplopia me llevaba a ver, con angustia, caras repetidas. Una sobre otra y sobre otra aún, mil caras sobrepuestas. Como en un cuadro de claves mánticas, líneas paralelas con puntos ilimitados. Líneas trazadas en el polvo. Líneas que podrían ser larga vida. Que podrían ser riqueza. Que podrían ser salud y familia numerosa. Niños. Niños jugadores de candelita o matarile, correteando por prados alegres. Niños cumpliendo sus tareas escolares en un gran mesón de roble. O no, quizás, un solo niño taciturno que contempla a lo largo de los siglos pasados y por venir la figura pendiente de un ahorcado. El ahorcado es mi padre. Sus pies bailotean sobre el espaldar de una silla caída. Sus manos permanecen extendidas como en actitud de súplica. La cara, acardenalada. Funérea, la lengua. Seca y rígida, la frente. Y el pelo pajizo, marrón o gris, en alboroto. Y los ojos, sus horribles ojos de marsupial, teñidos de rojo por la excitación, persiguiéndome, flotantes entre vaharadas de aire caliente, irrespirable.

Llena de turbación, mi madre me agarró por el brazo. Rígida, como petrificada, con el ánimo ensombrecido, me condujo casi a rastras por la galería, oscura y estrecha como la de una fortaleza, hasta alcanzar el último aposento. Quería mostrarme el cadáver aún colgante. En medio de su desespero, pensó quizás que de aquella visión perversa podía sacar yo, niño todavía desprovisto de virilidad, algún provecho. Más resistencia ante el tedio corrosivo de la vida. Más templanza. Más valentía, tal vez, para lidiar con la desdicha. Mudo, sobrecogido de espanto, permanecí cierto tiempo asido a la falda de mi madre. Ella, al cabo de unos minutos, prorrumpió en gritos desesperados. ¡Cobarde!, ¡cobarde!, ¿por qué?, ¿por qué lo has hecho? y maldiciendo, una y otra vez y otra vez aún, babeante, al borde del colapso, al borde de la náusea, lanzaba escupitajos contra el despojo pérfido.

Después llegó el tiempo de crecer y nunca pude borrar de mi mente el horror de aquella escena, a la par que, por las ventanas cerradas de la casa, cada noche, millaradas de pájaros nocturnos se obstinaban en pasar al interior. Tosudos, golpeábanse contra las balaustradas y los quicios. Y, acera abajo, por días y semanas, quedaban los cuerpos insepultos, con el hedor de las mortecinas injuriando los espacios.

En esas desventuras de la memoria andaba cuando el metro se detuvo en la estación de Alesia. Se bajó la muchacha y, fanatizado, autómata, la seguí por la villa. Con obsceno desparpajo, ella parecía ignorar mi persecución. Y en la rué de Plantes, entró a un viejo edificio marcado 39 bis. Cauteloso, también yo entré en él. Y continué persiguiéndola, escalera arriba, hasta una buhardilla situada en lo más alto de la cúpula. No sé si adrede o por casualidad, dejó entreabierta la puerta de la entrada. Podía tratarse de una invitación o, acaso, de una trampa. Vacilé, atento a la respuesta de cada una de mis terminaciones nerviosas. Por momentos, me sentí tentado a regresar sobre mis pasos. Pero, finalmente, opté por empujar la entreabertura, dispuesto a lo que fuese.

La buhardilla era estrecha y semicircular. El moblaje, pobre y muy usado. Una ventana abríase sobre los techos y chimeneas. A sus pies, una cama de jergón desvencijado, sucio y pajoso, mostraba su impudicia. Mil batallas de amor tarifado, seguramente, libráronse en su campo. Allí estaba sentada la muchacha, como esperando cualquier desenlace. Señor, no soy mujer liviana, me dijo. Apenas, sentí su voz como un susurro. Otra vez, vi su cuerpo de colegiala todo vestido de negro. Sus zapatos brevísimos. Sus pantorrillas de légamo primigenio. Y su lazo de brocatel de seda. Pero juro que no pude ver su rostro. De nuevo, sobreponíanse sobre él mil caras alucinantes. Sobre la primera, otra. Y otra. Y otra. Y sobre esa última, laberíntica, otra aún. Por pura intuición, acerté a sacar la cartera para ofrecerle un billete de

quinientos francos nuevos. Todas las resistencias parecieron desvanecerse, entonces. Desnúdate, me dijo, y al unísono, se desnudó ella también. Sobre el piso de *parquet* empobrecido, cayó su blusa de tablones y su falda atachonada. Cayeron sus medias negras y el liguero rosa y su braguita de encaje entolada. Desnuda, tendióse sobre la cama.

Otra vez vi sus tobillos de montaña diminuta, sus piernas de meteoro, sus rodillas marmóreas. Vi sus pies de punta de bizcocho y su vientre de salto de acróbata y sus senos de picha bolondrona. Vi su cintura de bejuquillo de banco y su cuello y su nuca y sus espaldas. Pero no vi su rostro. Tampoco, a precisión, pude percibir su sexo. Ese sexo, capitel de templo antiguo y fragua de armas feroces, detritus marino y conserva recién hecha. Una miríada de pájaros nocturnos, bizarros, vivos y anhelantes, salieron volando desde él, por la ventana abierta, sobre los techos y las chimeneas. Sólo uno, el último de todos, se quedó moribundo, aleteando, allí, entre sus piernas. De nuevo, sobrevino el hedor a mortecinas, áspero y astringente. Supe, entonces, que ya jamás podría pertenece ríe. Convencido, busqué la salida. Posiblemente, en *Aux Deux Magots* todavía me esperaba mi amigo de Caracas. Con pasos trémulos, alcancé la estación del metro. En el vagón desocupado, apenas me acompaña, toda vestida de negro, la imagen de mi madre. Diríase que la sombra de un ahorcado nos persigue…

Febrero de 1980

LAS QUIMERAS DE BALZAC

Para el niño, enamorado de imágenes
y estampas, el universo equivale
a su vasto apetito.

BAUDELAIRE
Le Voyage,
Oeuvres, I, 144

Varias fueron las quimeras que alimentó Balzac en su intrincada vida. Nacido en Tours en 1799, nieto de campesinos de Touraine y de pequeños comerciantes parisinos, hijo de un autodidacta funcionario del gobierno, siempre quiso ser rico y, a decir verdad, nunca lo consiguió. Desde sus primeras transacciones en *Grub Street* hasta su presidencia de la *Société de Gens de Lettres*, diríase que consideró la profesión de escritor como un negocio. Muy importante era para él conciliar el *rómance* del arte con el realismo crematístico. A los veintiún años abandonó los estudios de derecho para dedicarse a escribir. Desanimado ante sus esfuerzos literarios más ambiciosos, una tragedia en verso sobre Cromwell y algunos fragmentos filosóficos de ficción, se entregó en seguida a la literatura barata. Bajo diferentes seudónimos publicó más de una docena de noveluchas neogóticas. Sin conseguir la popularidad, buscando entonces formas más directas de ganarse la vida, abrió una tienda de impresor y editor. Imprimió igual propaganda médica que ediciones clásicas. También fundió tipos de imprenta y fabricó papel. Al poco, contrajo deudas. En 1828, gracias a la ayuda de su familia y de unos cuantos amigos, apenas pudo sortear una petición de quiebra. Después de esto, siguió operando en fallidas especulaciones comerciales, evadiendo facturas y prorrogando plazos, renovando pagarés y acumulando intereses sobre intereses y más intereses de capital. Perdido estuvo en el laberinto de las cortes judiciales, bordeando el abismo de la miseria y procurando, cada vez, una vez más, la lenta y abrupta escalada hacia la rehabilitación. «La vida es un préstamo perpetuo» dijo Mercadet, héroe de la única obra teatral balzaciana que fue representada con éxito, aunque el autor no lograra vivir lo bastante para verla ni para oír la apostilla triunfante que su adaptador, Adolphe Dennery, habíale añadido: «¡Al fin soy un acreedor!»… Muchos viajes realizó el pobretón Balzac en pos de la ansiada riqueza por las provincias de Francia y otros puntos de Europa y, tras cada uno, regresaba hablando de acciones de ferrocarriles y

concesiones de canales, cuevas de Alí Babá, lámparas de Aladino, piedras filosofales, gallinitas ponedoras de huevos de plata, derechos forestales y explotaciones mineras. Apenas podía pasar junto a un montón de estiércol sin proponerse convertirlo en venero de oro. Todos sus amigos competían en aportar anécdotas de sus esquemas para hacerse rico inmediatamente y sus imaginarios negocios de óptimo rendimiento, improvisados y elaborados con la misma mezcla de realidad y fantasía que usaba para escribir sus novelas. Por eso, Taine lo caracterizó como «un hombre de negocios lleno de deudas». Y De Vigny como «un hombre de letras desgraciado por el comercio». Un hombre de letras impagadas, valdría decir.

Tratando de hacer dinero, se pasó la vida el pobre Honorato. En eso, y escribiendo *La comedia humana.*

El afán de *La comedia* fue otra de sus grandes quimeras.

Una novela tras otra esperaba para ser escrita. Escribía día y noche, de doce a dieciocho horas diarias. Cuéntase que llegó a encerrarse en su biblioteca hasta cinco y seis semanas seguidas y a producir el exceso de catorce o quince volúmenes por año. «¡Crear, crear, siempre crear!» exclamó en un estallido de blasfema satisfacción. «Dios creó sólo seis días», repetía a menudo como sintiéndose igual o mejor que Él. «¡Yo soy como Dios, igual que Dios, mejor que Dios!» llegó a decirle en el colmo de la exacerbación a su editor Souverain. Su propia vida, como la de Scherezade, parecía depender de la reanudación de la historia cada noche. Por momentos, creyó que estaba loco. «Yo sé lo que es esa inapreciable línea que separa la inspiración de la paranoia» le escribió alguna vez a Gautier. «Mi biografía es una agenda, un calendario de obras y de días, una tabulación de beneficios y pérdidas. Mi vida interior se ha ido en la creación perpetua que emerge del tintero», se quejaba otra vez en un artículo de prensa… A pesar, no logró cubrir toda la realidad como pretendía. Apenas, una mínima parte de ella: «Escenas admirables, trágicas o cómicas, obras maestras engendradas por el azar», el mundo de los *faubourgs* parisinos, si acaso lo observable «entre las cuestas de Montmartre y las alturas de Montrouge»: la condición y actuaciones de las clases altas que habitaban el *Faubourg Saint Germain*, las de la clase media en la *Chaussée d'Antin*, las de los bohemios en el Barrio Latino, y las del hampa en el difícilmente localizable *13e. Aromáis sement* que entonces estaba en todas partes y en ninguna; esa inequívoca condición metropolitana; el *hotel particulier*, los cafés y las tiendas proliferantes, las modas y los *articles* de París, las *lorettes* y los *dandis*; el enlace aristocrático de los Restaud por medio de una de las hijas de Goriot, la filiación banquera con los Nuncigen por medio de la otra, la vida de estudiante del joven intelectual Rastignac, y la existencia fuera de ley de Vautrin; el orden y la rehabilitación; la

organización tan cara a su ideología de católico y monárquico; un verdugo revolucionario; un juez adepto a la realeza famoso por su excesiva aplicación de la pena de muerte; el médico del campo; el cura del pueblo; la expiación de un pecado privado para crear una comunidad modelo; una especie de proyecto de vindicación humana o, como dijera uno de sus críticos, «un intento titánico de imponer un cosmos al caos de la vida contemporánea»…

Pero, acaso, ¿logró Balzac imponer el cosmos «ideal» a ese caos «realístico» que lo rodeaba?

No, por supuesto que no. Y en ello consistió otra de sus quimeras. Se autopresentaba como «un médico social» y nunca pasó de ser un simple señalador de lacras y problemas comunales. Quizás sea su obra novelística la mejor nosografía del siglo xix.

Era, como si él, igual que uno de sus personajes, hubiese acordado algún trato infernal que le diese poder suficiente para conjurar a toda una sociedad, con la única condición de vivir y trabajar en soledad; dijo, con propiedad, otro de sus críticos.

Mas, a su pesar, no vivir y trabajar en soledad fue, finalmente, su quimera mayor.

De joven, parece haber tenido muchas amantes casadas. En ellas suelen deternerse sus biógrafos con fruición. Sin embargo, nunca quiso en verdad a ninguna. Su único amor, su único verdadero amor, fue Eveline Hanska, la condesa polaca esposa de un viejo noble ucraniano de la cual estuvo furibundamente enamorado durante diecisiete años. Mucho tiempo pasó presintiéndola. En sueños se le presentaba como un ángel alado que lo maravillaba con sus rotundas formas de beldad rubensiana, sus cabellos negros, su boca carnosa, sensual y cruel. Un día, cuando casi cumplía él los cuarenta años de edad, recibió una carta anónima de una admiradora que firmaba *L'Étrangère*. Enloquecido salió por las calles de París tratando de localizarla, de identificarla, de rendirse a sus pies. Cualquier emigrada rusa de gruesa contextura, mejillas rubicundas y pesadas trenzas, podía ser Ella. Cualquier millonaria de América de esas que tienen demasiado de todo, collares y piedras preciosas. Cualquier dama inglesa provista de pocas carnes y sin encanto alguno, pero a la que también se habría dispuesto a adorar. Cuando se sentaba a escribir, de noche, de día, a cualquier hora, enseguida sentía en su derredor el taconeo de sus botines, el candor cristalino de su risa, la leve inspiración de sus suspiros. Apasionado, sin conocer siquiera su nombre, le escribió frenéticas cartas de amor que, por supuesto, nunca llegaron a su destino. En ellas destilaba la genial locura de su corazón. Ofrecíale traerla a vivir en una casa majestuosa situada, ella, en el *Faubourg Saint Germain*, «el más aristocrático de los barrios de París, querida, el más aristocrático». Una casa con más de treinta ventanas, veinte de las

cuales serían de pura fachada, columnas minadas y grandes, fabulosos jardines del mejor estilo versallesco. Una casa con todo el servicio necesario, cocinera, ayudante de cocina, doncella de mucha clase, jardinero, mozo de coche, amanuense y un tren de mesoneros, todos vestidos con chaquetillas blancas. Y para comer, sólo serviriánsele exquisiteces. Y, para beber, sólo vino de las mejores cosechas. ¡Ah, si aceptara venir! ¡Ah, si aceptara aunque sólo fuese dar su nombre!

Otro día, un año más tarde, *L'Étrangère* viene desde Rusia. Se radica temporalmente en Neuchâtel y, desde allí, cita a su enamorado. Balzac no se encuentra dentro de sí. ¡Por fin! ¡Por fin, respondió *L'Étrangère*! Sin parar, al cabo de diez días, escribe una, dos, tres, cuatro novelas para reunir cien luises de oro y poder realizar el tan ansiado viaje.

En la casa de posta de la ciudad, lo espera ella. Es la mujer más guapa del mundo, reconoce Balzac cuando la ve, deslumbrante, ajuareada con su veraniego traje blanco de encajes y su cola detrás, cubriéndose con una sombrilla de encajes blancos también, altiva y de prodigioso rostro, increíblemente bien proporcionada, el mismísimo ángel alado que tantas veces había previsto pues, ¿caballero, es usted el señor de Balzac me imagino?, sí preciosa para servirle, muy bien muy bien soy Eveline Hanska: su anfitriona y la más férvida de sus admiradoras, encantado no tengo palabras señora, puede llamarme Eva, Eva simplemente, así por el apócope suelen llamarme en familia mi esposo y mis cuatro hijos, ¡Ave Eva!, ¡oh, que gracioso!, ¡Ave Eva!, nunca antes me habían dispensado un saludo tan exaltante, de seguro vamos a congeniar, seguro que congeniaremos.

En seguida Eva invitó a Balzac para que subiera al lando último modelo, acolchado en raso azul, con briseras de cristal veneciano y recado de escribir que, estacionado unos pasos más allá, esperaba con su postillón. Los conduciría hasta el chalé que ella había alquilado para ambos en las propias riberas del lago. En el trayecto, Eva no deja de hablar ni un solo minuto, he leído todo lo que lleva publicado hasta ahora querido Balzac, *Los Chuans, El último Chuan*, o la *Bretaña en 1799*, ¿por qué tantos títulos distintos para una misma obra, querido amigo?, ¿acaso es muestra de su inestabilidad?, ¿es usted inestable, amigo Balzac?, quiero decirle que nada me gustó su *Psicología del matrimonio*, no me parece que deba realzarse la institución social a expensas de la relación psicológica, aconsejar a otros hombres que no se casen hasta haber diseccionado por lo menos a una mujer me pareció horrible, por el contrario mucho disfruté *La piel de zapa*, las aventuras y desventuras de ese Raphaël de Valentin, tras haber jugado y perdido hasta el último centavo, deambulando él a lo largo de la *Quai Voltaire* y pensando en el suicidio y ese encuentro final con el talismán que le devuelve el apego a la vida, delicioso ese

encuentro mágico, mágica será también nuestra estada en Neuchâtel, correteando como colegiales por entre los cultivos y las colinas arboladas, las huertas y los vergeles, las praderas y los bosquecillos, los avellanos y los agavanzos, los ciruelos y los abedules, en alternancias maravillosas, bañándonos los dos desnudos en el lago y los riachuelos lejos de las miradas pesquisantes, disfrutando juntos las tonalidades de los atardeceres, ¿le gustan a usted los atardeceres, querido Balzac?, bellísimos se ven los reflejos del crepúsculo en las aguas del lago, cuando salgamos de paseo por el campo nos detendremos a recoger florecillas silvestres, siento predilección por las prímulas y las siemprevivas y los pensamientos, también me gustan mucho las hortensias, pero ellas no crecen salvajes sino cultivadas en arriates y protegidas por rocallas, para ver hortensias fabulosas mejor es pasearse a pie por las calles de la ciudad, por las noches antes de irnos a la cama tomaremos siempre un trozo de tarta de almendras al licor, es ése mi pastel favorito, nada más sabroso que una tarta de almendras al licor con bastante chocolate rallado, el polvo de café y la rociadura de azúcar de lustre, pero olvidaba que hablábamos de su obra, querido Balzac, adoro sus *Cuentos droláticos*, de memoria puedo recitar varios de esos sencillos *fablieaux*. Balzac no sabía qué contestar. Se limitaba a asentir con leves movimientos de cabeza al tiempo que mantenía su mirada clavada en el rostro y las formas de la bella mujer. Pensaba para sí que se había convertido por su hallazgo en el hombre más rico del universo, dueño, él solo, de las minas del Rey Salomón, de los tesoros de la Reina de Saba, de todo el oro y los brillantes y las esmeraldas del mundo. Pensaba que, de una sola vez, había escrito las cien y tantas novelas que le bullían en la cabeza.

Esa misma tarde, en la opulenta casa tipo chalé suizo que por todas esas vacaciones les serviría de albergue, Eva se le entregó enteramente. Sentada al borde de la cama, desnuda y temblorosa, le contó su vida. Era la esposa de un riquísimo conde ucraniano de quien tenía cuatro hijos primorosos. Con él vivía en un antiquísimo castillo de Wierzchownia, en medio de vastas posesiones. A decir verdad, pese a sus riquezas, no era del todo feliz. No quería del todo a su conde, pero dada su indoblegable postura de polaca católica, jamás aceptaría romper con él el sagrado vínculo del matrimonio. Sí, seguiría casada con su conde hasta que la muerte los separara. Para solazarse, cada año tomaba sus vacaciones de verano en Suiza…

A París, después de aquel encuentro, regresó Balzac fuera de sus cabales. Eva habíale prometido amor eterno y le aseguró que, muerto el conde, se casaría con él, sólo con él. A todos sus amigos les contó que definitivamente la fortuna había tocado a su puerta; ya se veía como dueño y señor de las posesiones ucranianas. Aquellas inmensas extensiones desde la meseta de Pedolia, junto al Dniéster, hasta los

semidesiertos de la depresión caspiana. Las estepas herbáceas rusas. Tierras negras de asombrosa fertilidad. Enormes campos de trigo, de cebada, de remolacha, de centeno. Granjas. Grandes casas de labor. Increíbles fábricas de azúcar. Descomunales secaderos de tabaco. Algodonales inmensos que visten de blanco toda la extensión al término de la primavera. Los prados y pastizales. Nosécuántas cabezas de ganado ovino, porcino, vacuno, caballar. Y los recursos del subsuelo. El hierro de Krivol Rog. El manganeso de Nicopol. El mercurio de Nikitovka. Y los palacios bizantinos de Kiev. ¡Cuántos palacios! Uno para ser habitado, distintamente, en cada mes del año.

Diríase que Balzac vivía por esos días el colmo de su desvarío. Un periódico de la época lo caricaturizó, vestido de ruso, con gorra cebellina y vetusto abrigo de piel, botas volteadas y fusta en mano, conduciendo un trineo balado por una yunta de perros, sobre la gélida estepa.

Con prescindencia de las incontables riquezas de los Hanska, él mismo, por *La comedia humana*, quería volverse millonario, famoso y poderoso, para convertir a Eva en la dueña de París y llevarla a comer cada noche al *Maxim's* su apetecida tarta de almendras al licor, libando a la par mucho *champagne*, todo el *champagne* de Reims y de Sillery y de Espernay y Louvois.

En realidad, lo que Balzac halló en Neuchâtel fue un martirio. En lo adelante tuvo que hacer esfuerzos gigantescos para enfrentarse a la situación. La segunda cita en Ginebra, al año siguiente, la pagó con un préstamo que lo comprometía a la entrega de trece libros, en su mayoría no escritos. Más tarde no llegó a juntar los luises necesarios para viajar y encontrarse con Eva en Zurich, en Berna, en Lausana, en Basilea, en Zug, en Baar, en Friburgo, en Interlaken, a pesar de trabajar como un negro sudanés, porque estaba en manos de sus acreedores y porque seguía contrayendo deudas sobre deudas por sus adquisiciones lujosas, todas las que aspiraba con vista a su casamiento. A menudo, tenía que acostarse sin pasar bocado mientras su amada, sin comprender su estado, continuaba su vida feudal y hacíale cada vez mayores exigencias. Después de unos días estupendos en Viena dejó de verla por siete años consecutivos. Sólo podían cartearse entonces. «Te amo, Ave Eva; te amo como se ama a Dios, como se ama a la dicha», decíale en sus letanías embriagadas.

Al cabo de diez años de tan intensa espera, murió el conde Hanski, pero Eva siguió posponiendo el cumplimiento de su promesa conyugal. Esperaba que terminaran de crecer los hijos. Esperaba liquidar sus asuntos en Ucrania. Esperaba que la situación del pobre Honorato se consolidara de un todo.

Balzac tuvo que aguardar aún siete años más antes de conducirla como cónyuge a su fastuosa aunque hipotecada en primer y segundo

grados casa parisina. Eso fue en mayo de 1850.

Pocas semanas después, Honorato murió. No se sabe si de exceso de trabajo, de penuria o de amor. Cierto es que, en ese momento, sus quimeras cesaron.

Octubre, 1985

UNA MUJER, UNA SOLA MUJER, TODAS LAS MUJERES

A Agustina Ramos, magnífica narradora prematuramente fallecida, mi alumna que fue en el Taller de Narrativa del Centro de Estudios Latinoamericanos «Rómulo Gallegos», durante el bienio 1980-82; cuasi inédita o inédita de un todo; dolido por la noticia de su muerte…

In memoriam

¡Ay, quién conociera a la mujer que fuera todas las mujeres en una, la mujer de inagotable variedad, que más estimulara el apetito cuanto más lo saciara!, sueña Will.

ERICA JONG
«*La Serenissima*»

Una tarde la encontré por primera vez en la barra de «El Rugantino». Me senté a su lado y la invité a una copa. Aceptó. Se dejaba interesar lentamente por el encanto de mi conversación, por el gracejo de mis anécdotas, por la jocundidad de mi donaire y, quizás, por mi fama de primer actor que en esos días había obtenido no pocos reconocimientos teatrales y televisivos. Indagó sobre mi trabajo. Había visto mi *Macbeth* en la temporada del Ateneo. Le gustaba mi voz, mi dicción, mis pausas, mi ritmo. También celebró mis gestos y ademanes y la meticulosa preparación mímica que suponía dispensaba a mis interpretaciones. A buen seguro, se fijó además en mis signos exteriores de riqueza acordes con mi social importancia: mi reloj Patek Philippe, la mejor marca suiza, con garantía de hora oficial, y despertador, perfectamente hermético, comprado en la mismísima Ginebra; mi encendedor Dupont; mi chaqueta entallada lana fresca *cool wool*; mi pelo amorosamente friccionado cada mañana en la Barbería del C.C.T., ni corto ni largo, enteramente a la moda, sin amaneramientos, discreto y natural; y las revistas internacionales que conmigo cargaba, recogidas momentos antes en el Kiosco de Benito:

Cambio 16, *Interviú*, la *Tribune* y el *París-Soir*. Al cabo de unos cuantos tragos y un leve tímido ardiente forcejeo, convino en subir conmigo a una habitación del hotel contiguo, abierta hacia el trepidar de la Solano López.

Tendido en la lisura de la cama recién hecha, sobre la blanca sábana con una que otra florecillas bordadas en la encimadera y olorosa (toda ella) a lavanda; desnudo, contorciéndome dentro de una llama interior y voraz; dejé que su mano rubia y flamante tremolara una y otra vez en mi pecho humedecido, por entre las axilas, a lo largo de mis muslos en vigilia. Mi memoria retiene sin esfuerzo cada centímetro de su piel; cada una de sus miradas, exhaladas en destellos, gemebundas; la rotundez de sus senos suspendidos en el aire como envueltos en una tela de araña; su melena corta con un ligero movimiento envolvente en redondo y flequillo espeso de colegiala; el olor a melones y a fresas de su aliento; y los besos, ¡ah, los besos!, arrobados y sublimes, largos besos delirantes, más y más besos, profundos besos frenetizados, o leves besos intermitentes con los labios apenas tocándose y los ojos cerrados. ¡Oh, sus ojos cerrados!…

La vocación teatral me ganó enseguida. Imaginé que no estaba con una mujer singular, sino con todas las mujeres del mundo al mismo tiempo. Sí, la Carlina Onofri, descubierta apenas unas horas atrás en la barra de «El Rugantino», estudiante de Arte y Letras en la Universidad Central, cinéfila apasionada por Pasolini y Francesco Rossi y Bertolucci (¡oh, cómo me gusta *Prima della rivoluzione* y *1900 y El último tango en París*! ¿Viste *El último tango en París*?, ¿la viste?), lectora de Betocchi (*Tutte le forme diventavan farfalle / intanto, non cera più una cosa ferma*), de Pavese y Quasimodo, de Ungaretti y Montale, hacedora de versos ella misma, y campeona de tenis del Club Italiano, era ella…, y era, además, todas las varonas arquetípicas de la historia y las inefables diosas de la belleza y la fecundidad en las grandes mitologías que el hombre ha inventado para su propia consolación; era las pecatrices que se malmaridaban en los muelles de los puertos fenicios del Mediterráneo, desde Cáditis hasta Jeniso, en los del Mar Rojo hasta la India, y en los de la costa del Golfo Pérsico; era las hetairas de Grecia y las pécoras de Roma, guarnecidas como estatuas de exquisito mármol en sus gineceos de mirtos florecidos y de estanques con nenúfares; era las doncellas e infantas deshonradas del Medioevo, y las novicias de los claustros monjiles, y las ricadamas de las cortes provenzales; era…, era también las madamas y las madamiselas de los salones de la Ilustración y de la Fronda de los Príncipes, y era las más livianas y bellas divas del cine y las modelos de las revistas y los concursos nacionales e internacionales de belleza y la T.V., que atrás dejaron el trabajo fabril y la humillada pobreza, los negros insomnios, los afanes y los males, para volverse (ellas)

delirantes deseos que se hinchan en espejismos y en la desaforada sangre agitándose a cada soplo.

Momento a momento, me entregué al placer casi perverso de ir sustituyendo su cara y sus movimientos, sus rasgos y ademanes, el azul de sus ojos y el trigo tostado de sus cabellos, doblegando su individualidad de macha magnífica, su forma de diosa, sus respingos de orgullo, el misterio intimidante de su belleza, pervirtiéndola, queriéndola, sublimizándola aún más, si era que sublimizarse podía a quien ya era de por sí el máximum de la sublimidad, desvirtuándola, en fin, como si fuese yo un enloquecido profanador de templos y tesoros sagrados, tenedor de los más insólitos poderes, vagante por tiempos y rutas desconcertados, pero sin enloquecer de un todo, sólo a medio enloquecer quizás, consciente de que estaba allí tendido en la cama de un hotel olorosa a lavanda; que mis cigarrillos Belmont extra-suaves seguían en la mesita de noche al alcance de mis manos; que el *Ambiente Musical* reproducía una melosísima versión de *Strangers in the naight*; que más allá del ventanal, suspendíase el pesado aire caraqueño con las voces y el taconeo de los pasantes, el grito de los loteros, el olor de las fritangas y el rechinar de los carros futuristas de Marinetti: *ebbrrrios de espacio, tascando el freno con estrrridennntes diennntes, nutridos de llamas y de aceites minerales…* Todos los carros de Caracas son al estilo Marinetti. La visión futurista me hace verla ahora, desnuda de un todo, manejando por los aires una máquina superpoderosa, en la velocidad, en el espacio, en el frenado, en las sensaciones que, de golpe, se aceleran respondiendo a un motor de inyección electrónica de 120 CV., capaz de pasar de 0 a 200 Km/h en sólo 9,7 segundos, llegando a la Luna, a Marte, a Venus, a la Vía Láctea, cantándole su victoria a los dioses, ¡qué barbaridad!

Así, des variante - desvariando - desvariado; adepto a las permutaciones por mi condición de actor o, quizás mejor, actor por mi adepción a las permutaciones; absorbido de un todo por ese juego del cambio, del doble, del disfraz, de los espejos y las luces y el maquillaje sobreacentuados; por todo ese juego, digo; replicándome y contrarreplicándome a mí mismo; sí, yo estoy aquí, pero no soy yo, sino otro; otro distinto de mí; o como si fuese yo, dejándome ir hasta el vórtice de las imágenes intercambiables; sin poder salir de aquel torbellino desintegrador; fui poseído por la Eva primigenia, légamo de mi légamo, carne de mi carne, hueso de mis huesos, lamiscado de pies a cabeza por su inconmensurable serpentífera abracadabrante lengua de luz; una lengua hecha para lamer y quemar; allí, en el jardín del Edén, a la sombra del árbol prohibido, como Eva ella misma; o como Lilit, la demoníaca figura femenina, demonio de la noche y de las tempestades, a descampado o en el desierto, sobre un montón de ruinas y de viejas tumbas deterioradas, entre cadáveres amortajados

con sayas de lino del Jordán, o en la tienda que el mercader malvado había abandonado al morir; sino acaso como María, virgen y pura, aún niña en su casa de Nazaret, antes del momento de la Anunciación, sin desposarse todavía con el Espíritu de Dios y sin que se hubiese producido la concepción virginal de Cristo… El lecho, la habitación entera, el hotel, la ciudad y la tierra toda temblaron de placer cuando la tuve, *nel diafano cerchio*, una y otra vez, y otra vez aún, volando entre nubes vagarosas, pero no como la choferesa desbocada de enantes, sino al modo de la *Madona Sixtina* de Rafael; ascendiendo al cielo, sí, un cielo de placidez alboral, rodeada de una multitud de santos y de ángeles, como la imaginaba el Correggio; o sentada en un trono de oro y plata y piedras preciosas, con magnificencia de reina, a la diestra del Dios-Esposo, ceñida su cabeza esplendente por una corona de lirios, rosas, muguetes y aguileñas; o, si se quiere más extravagantemente aún, en el propio descendimiento, cual si tratárase de *La Pietá* de Miguel Ángel, yo Cristo moribundo y no obstante follándomela, y ella niña de nuevo viviendo todavía en su casa de Nazaret, pero desdoblada en *Mater dulcís sima.*

De manera admirable acepta Carlina el juego de las mutaciones. Se ríe de la idea, la celebra. Propone que lo llamemos «La Metamorfosis», con tal de que no me le vuelva cucaracha. Nada de volvérmele cucaracha ni de volverla cucaracha a ella. No puede ver las cucarachas. Les tengo pánico, Gus. ¡Las odio!, ¡las odio, de verdad! Yo tampoco las quiero, le digo. Había leído no hacía mucho que, con la zanahoria, la cucaracha era la única especie que había resistido la descarga atómica de Hiroshima. ¡Horror, en Hiroshima y Nagasaki, ninguna mutación sufrieron! Sí, trátase de una especie inmutable, confirmo conocedor. Tampoco acepta, me lo advierte tierna y mohína al tiempo que se entretiene ensortijando los vellos de mi pecho, la comparación que de ella hice con la Virgen. Es una blasfemia, Gus Morrinson. Con la Virgen no me compares. Con la Virgen, no por favor. ,Debo recordar que ella, Carlina Onofri, como buena hija de italianos, de La Toscana, también come «*pasta alimenticia de sémola durum*» y es «católica, apostólica y romana». Duda si decir«romana» o «florentina». Aunque, a decir verdad, no cumple los preceptos. Figúrate que, a mi edad, todavía no he hecho la Primera Comunión. Quizás la haga cuando me case alguna vez, si es que llego a casarme por la iglesia, con velo y corona y todo lo demás. Tampoco suelo ir a misa los domingos. Pero, es mejor no enrollarse con eso de los problemas religiosos.

No quiere hablar más del asunto. Prefiere levantarse y ponerse a hacer flexiones frente al espejo de cuerpo entero para relajarse. Sosteniéndose en el respaldar de una silla, levanta la pierna derecha en el característico «Paso de Diana». Por el espejo, veo su rostro

resplandeciente, su espeso flequillo de colegiala, sus senos horizontalizados en inalterable equilibrio. Frente a mí, levantada, queda su grupa magnífica. No un trasero. No unas nalgas, unas sentaderas ni un simple culo. Una grupa, sí. La viripotente grupa de una yegua percherona. Me provoca montarla por detrás. Lo intento, pero no lo consigo. Mi miembro no tiene la rigidez necesaria para semejante desafío.

Ahora Carlina, como Isadora Duncan, recrea las poses y los gestos de la danza griega con movimientos hermosamente naturales y las actitudes de la estatuaria antigua. Ahora, se detiene desesperada, la mano izquierda levantándole el pelo de trigo maduro, como rompiendo el límite de su propio cuerpo sólido para recoger la atmósfera envolvente en sus tuétanos, en sus vísceras, en sus oquedades más recónditas, y suscitando un centelleo de luz alrededor de la figura, mezclándose ella con el aire. Ahora, se sienta en la alfombra, como si estuviera en trance de pensar. Le pregunto en qué piensa, sólo por romper el rigor de su mutismo. Me dice que quiere representar la reacción del sentido táctil y la concreción formal. A la vista parece una escultura de Maillol. Ahora se sugestiona con la vaporosidad. Quiero ser vaporosa, Gus Morrinson. Vaporosa como una franja de tul lanzada a merced del viento, como los ángeles de la escala de Jacob, como el aire, o como el rayo de sol que traspasa el vidrio. *Come raggio di sol che trasluce in vitro*, repite en su candoroso italiano. Quiero ser más lírica que dramática, incluso irónica, cuando no serena. Quiero levitar. ¿Has levitado tú alguna vez, Gus Morrinson? Quiero no tener cuerpo o, cuando más, un cuerpo de *quasi immobil pondo*. Quiero ser exacta. Exacta, Gus, con la precisión de lo bien cortado, de lo diáfano, de lo sintético, de lo puro…

Carlina se inclina, ahora, con los brazos suspendidos en círculo. Trata de arropar el vacío. Recurre a un modelado suave, fundido. Procura unir la superficie de su ser henchido y el halo circundante en una sola masa de múltiples luminosos salientes. Quiero ser perforada, Gus. Perforada por ti, me dice. Quiero erosionarme, como si fuese un espacio cualquiera patéticamente destruido por el paso del tiempo. Quiero que me tengas otra vez y, dentro de mí, poder recibirte…

Como loco, me lanzo a sus pies… Lamo sus plantas… Succiono cada una de sus falanges digitales… Son chupones de niño recién nacido que entran a mi boca y salen de ella, ensalivados y eruptantes… Se excusa… Sin dejar de jadear profundo, dice, me dice, que no puede resistir esas chupadas ni el fragor de los borboritos… Alcanzo a ver su rostro crispado… Parece la Santa Teresa de Bernini… Siento la oleada de sangre en su pecho y en su vientre…, el calor en su cara…, su respiración dificultosa… Veo cómo también se crispan sus manos… Las tiende hacia mí y me atrae hacia ella… Trato de

complacerla… Perdón, cariño… Las rodillas… No resisto las rodillas… Se me laceran con los resortes de lana de la alfombra… Trato de buscar acomodo… ¡Qué va!… Ella no me permite que la desensarte ni por una milésima de segundo…

A duras penas puedo mantenerme en vilo, resistiendo todo el peso del cuerpo (el cuerpo de un hombre atlético que todos los días hace máquinas, pesas, pasarelas y barra) sobre las desnudas palmas, y, encima de mi espalda: sus piernas de balletista terciadas en torniquete… Para disimular mi sofocación, bajo la vista… Alcanzo a ver cómo entra y sale el resto de mi tallo en su vulva que sopla y resopla al modo de un rejiñol… Ensimismado me quedo por minutos ante el embólico movimiento… Es como si mi tallo fuera su vulva y su vulva, mi tallo… Pienso que ésa debe ser la perfecta unión de los contrarios o la *coincidentia oppositorum* de la que hablan los filósofos, el esquema hermético del universo, la alegoría de todas las alegorías…

Oh aquel momento, oh la plenitud de la metaforización y el múltiple encabalgamiento de las metáforas sobre las metáforas, la cristalización en un solo ser de la esencia una y múltiple de todos los seres, el goce en una sola vida de todas las vidas posibles, y el amado rostro de Carlina transfigurado, *mutatis mutandis*, sin solución de continuidad, en el propio suyo de ella, y en el de Julieta, y en el de Crésida, y en el de Ofelia, y en el de Desdémona. Ella con el rostro de las tres hijas del Rey Lear: Goneril, Ragan y Cordella, de una sola vez. Ella con el rostro de la señora Macbeth.

Ella con el rostro de Friné y de Timandra, las amantes de Alcibíades. Ella con el rostro de Virgilia, la mujer de Coriolano, y con el de Valeria, su amiga, y con el de todas sus damas de compañía. Ella Margaret, hija de Reignier, después casada con Enrique VI. Ella, Isabel, Reina. Ella, Tamora, Reina de los Godos. Ella, Cleopatra, Reina de Egipto. Y Lavinia, hija de Tito Andrónico, también. Ella, la Princesa de Francia, y Rosalinda, y María, y Catalina, sus damas acompañantes, y Jaqueneta, la moza campesina; personajes (las cinco últimas) de *Trabajos de amor perdidos* (la primera obra de Shakespeare en la cual interviniste, con el Teatro Universitario de la Universidad de Los Andes, allá en tu Mérida natal, apenas adolescente, bajo la dirección del español Luis de Arconada, haciendo tú de Boyet: «*¿Acaso las esposas endemoniadas no retienen su media soberanía sólo por la alabanza, cuando se empeñan en ser señoras de sus señores?*»). Y tú, Gus Morrinson, triunfador absoluto de la última *Temporada Shakespeareana de El Ateneo*, musitando, tratando de recitar entonces, diciendo, como si dijera, sin llegar a decir: parlamentos sueltos, incompletos, superpuestos, incoherentes, ininteligibles de *Pericles, Príncipe de Tiro* y de *El cuento de invierno* y de *Bien está todo lo que bien termina* y de *La tragedia de Cimbelino* y de *La tragedia de Julio César*…

Tú, Gus Morrinson, así de sencillo, maravilloso y claro, el mejor de los intérpretes de Shakespeare que son o fueron alguna vez. Mejor que sir Ralph Richardson en el *Shylock* de *El Mercader de Venecia,* con su propia nariz aguileña, con su propia pipa humeante y su misma barba de estropajo. Mejor que el danés Hans Jacob Nielsen, ante el castillo de Elsinore, procurando de nuevo lucir su talento dramático en el monólogo del «ser o no ser», del «me vacío o no me vacío, *that is the question*». Mejor que Joan Louis Barrault, haciendo de *Hamlet* otra vez. Mejor que Edmond Kean. Mejor que el deslumbrante François Joseph Taima. Mejor que Richard Burton, que Alec Guinnes, que sir Laurence Olivier… Y por fin, el júbilo y los sollozos de ella, Carlina Onofri, una mujer, una sola mujer, todas las mujeres… Y mi descarga también, *inanzi verso Vestremo*. Y ella, quedándose extasiada a mi lado, al lado de su príncipe, al lado de su primer actor. Soy tuya, te quiero. Nadie me ha hecho tan feliz como tú. Y mejor es darme un baño ahora. Dice, vuelve a decir, casi con vehemencia, que se siente demasiado sudada y que quiere darse un baño. Y diciéndolo y haciéndolo, se levanta para entrar al baño y ducharse. Un baño, tomaré un baño, claro que corro el riesgo de constiparme, *et io, lasso, credendo*, pero mejor es tomarlo, no me gusta el amor sucio; no me gusta, Gus; sudada así, llena de pelos y baba y excrecencias; mejor es bañarse, ya está, una aspirina si acaso…

Y, desde mi puesto en la alfombra, viendo, viéndola, *noiosa, inesorabile e superba*, cómo se dispone a bañarse, cómo abre el grifo, cómo atempera el agua. Instintivamente se cubre los senos con las dos manos, como la figura primera del *Baño Matinal* de Ballot. No quiere deformarse la melena corta de movimiento envolvente, su espeso flequillo de colegiala, y abriga el peinado con una toalla a modo de turbante. Parece ahora la bañista del famoso *Baño Turco* de Ingres. Finalmente, feliz, se mete bajo la ducha. Es Diana. Es Susana. Es Betsabé, la mujer de Urías, capitán del Rey David, y a quien David poseyó viéndola bañarse para que concibiera a Salomón. Pienso que yo soy David. Pienso que, viéndola bañarse, poseo a Betsabé. Pienso que soy yo, Gus Morrinson, el padre de Salomón y, de nuevo, la erección se me hace insoportable. Presa de la inminencia y sin inhibición alguna, me abalanzo sobre ella, para desfogarme gloriosamente en un acto circense de carácter gimnástico, lindante en la improvisación y el exhibicionismo, ¡lástima que frente a nosotros no estuviese un público agolpado en la platea, ávido y (*plaundentes manibus*) celebrante!

Después del baño, acicalada y compuesta, Carlina decidió marcharse. No podía llegar a su casa pasadas las doce de la noche. En la exigencia de esa condición su padre era demasiado drástico. Además, por la mañana temprano tendría clase en la Universidad. Las

dos primeras horas con Federico Riu, muy observante él de la asistencia. Y, por la tarde, la impostergable partida de tenis de los jueves. Bajo a acompañarla hasta la puerta del hotel. La invito para entrar al restaurant. No, nada de cena, no tiene hambre, náuseas más bien por la angustia de la hora. Aprisa. Debo regresar aprisa. Toma el primer taxi que pasa. Un taxi pirata. Por nada aceptó que la acompañara.

Solo, a la puerta del hotel, me quedo viéndola partir. Después regresé a la habitación para descansar el resto de la noche. Mi soledad bullía de placer con el recuerdo de esa única y múltiple conquista. Por más que quise, no pude conciliar el sueño. Convertido en un hombre extático me mantuve hasta el amanecer, presa del encanto de un vagabundeo intemporal, sintiendo con la violencia máxima todas las formas de ebriedad, la de la primavera, la del amor, la de la belleza. Bajo peligro de locura, como las ménades y los sátiros antiguos, danzaba y danzaba por los prados solitarios, entre riscos y juncos, al borde de los abismos, sobre copiosas nubes de añil y azafrán. Una mujer distinta me poseía cada vez; pero, todas tenían la única cara insustituible de Carlina Onofri, una mujer, una sola mujer, todas las mujeres…

Julio, 1988

LA CONFESIÓN DE DON JUAN

Amores. Puedo decirles que nunca estuve de verdad enamorado. Como el hijo pródigo de la parábola de Rilke, creo que no amé nunca «para no poner a nadie en la terrible situación de ser amado». Por el contrario, muchas novias tuve; pero, a todas las perdí tan pronto las estreché entre mis brazos. Sólo una, pudo mantenerse viva y presente en mi pensamiento: aquella que por no haberla tenido nunca, nunca se me escapó.

Marzo, 1988

PERIPLO POR LAS ISLAS DEL EGEO

Partimos del Píreo en nuestro moderno buque americano con doble proa proyectado para navegaciones cortas, el Grec, cuatrocientos pies de eslora, veintiséis metros de manga, cinco metros y medio de calado, un desplazamiento de cuatro mil trescientas treinta y seis toneladas y una velocidad de veinte nudos; datos técnicos que el capitán reveló cuando dio sus palabras de bienvenida a los pasajeros y que yo anoté, emocionadísima, en una servilleta de papel para pasarlos luego a mi *Cuaderno de Viaje*, donde me propuse que lo escribiría todo. El pasaje, por supuesto, de lo más heterogéneo. Turistas gringos. Turistas japoneses. Turistas nórdicos. Algunos franco-canadienses en cambóte, y otros tantos sudamericanos, aparte de Gioconda, de Aselia y de mí, un grupo de brasileños incluido, hombres y mujeres que cantan a coro baladas, *modinhas* y *bossanovas*, acompañándose con un *cavaquinho*, especie de guitarra pequeña con cuatro cuerdas, parecida al cuatro nuestro.

También viaja un griego. Raro, un griego, entre tantos extranjeros, haciendo de turista en su propio país. Polícrates Stephanides, me dijo que se llamaba en las primeras de cambio. Es de lo más apuesto, de un estilo y belleza excepcionales, con el tipo de su raza fácilmente reconocible en las monedas antiguas o en las estatuas de los museos. Habla, entre otros idiomas, un correctísimo español que perfeccionó en Madrid donde hizo de funcionario diplomático. Es un maniático de las islas y dice haber vivido por tiempo más o menos largo en cuarenta y cuatro de ellas. Tiene su propio yate y no deja de recorrerlas cada vez que dispone de un par de días libres. En primavera y buena parte del verano acostumbra sumarse a algunas de estas excursiones internacionales porque, siendo accionista principal de un grupo de agencias de viaje, le encanta conocer gente nueva, vigilar de cerca la calidad del servicio que prestan sus empresas y, no pocas veces, hacerle de cicerone particular a alguna chica guapa que quiera adentrarse en los secretos encantos más recónditos del Egeo. Me lo dijo con aire seductor, como incitándome a la aventura. No dejó de parecerme desagradable su devaneo de entrada. Pienso que más astuto de su parte hubiese sido preguntarme castamente si quería concederle mi amistad. No debió confundirme con una de esas mujeres adoradoras de la busconería y que usan los viajes para saciarse de incidentes fuertes. A no dudar, trátase de un «cazaturistas» típico del cual no debería una fiarse, un *gigoló* acostumbrado a enamorarse de todas las mujeres y, en cada uno de estos viajes, a formar su propio harén. No seré de sus favoritas, me prometí. Con

todo, es un tipo al que no conviene que perdamos de vista, le advertí a Aselia. Al rato, lo vi hablando en impecable inglés con una turista gringa, roja como una langosta y pasada de kilos. Seguramente, también le ofrecía sus servicios de cicerone. ¡Tamaño gandul!

Esta excursión en verdad la estamos haciendo por empeño de Gioconda. Cuando salimos de Caracas, nuestra intención era reducirnos sólo a la Grecia continental. Creíamos que nos iba a faltar tiempo para visitar museos, ruinas y monumentos. Pero, estando en Atenas, ¿cómo no saltar a las islas? Hay tantas ofertas de viajes y tantas facilidades para hacerlos. No sé cómo me las arreglaré al regreso con las deudas. Mis tarjetas están que revientan. Pero, mejor es no preocuparse de eso por ahora. Mejor es admirar el paisaje circundante desde la cubierta. Mi corazón late con un ritmo nuevo. Me faltan ojos para ver cómo, a mi alrededor, giran de a poquito las formas terrestres sobre el azul irisado fosforecente del mar: el Partenón, todo él construido en mármol pentélico, se aleja imponente con sus formas dóricas y su galería del peristilo que, sin dificultad, podemos precisar en todo su abigarrado juego de luces y sombras con la ayuda de unos buenos prismáticos; el monte Himeto pasa del blanco hueso incandescente al violeta fundido, del morado lila al gris azuloso; las colinas circundantes parecen perderse en el firmamento de la tarde y, con ellas, el panorama de costas acantiladas donde el verde declive del terreno cede bruscamente a las tonalidades marinas matizadas por el sol vesperal y se deshace, luego, en un torbellino de escollos diseminados, de abruptos rompientes, y de tenues playas y rispidos playones rodeados de asfódelos y cardos silvestres. Y los trirremes y los bajeles surcando el encrespado mar de Poseidón, como empujados por el propio Poseidón se diría, y el aleteo de las tensas velas, y el crispante olor a gasolina quemada dejado al paso por los motores fuera de borda.

A distancia, los brasileños también contemplan, agolpados unos sobre los otros. Y, entre todos, uno al que nombran Juliao; un mozo moreno de barbilla partida, intensos ojos verdes y pestañas entornadas, fornido, velludo y con testuz de toro cretense, etcétera, que no nos ha quitado la vista de encima desde el propio puesto de embarque. Ahora, Gioconda, a quien nunca le ha dado pena el amor, se la sostiene. Quiere tentarlo y atraerlo hacia sí de una buena vez. Al final, me comenta burlona: «¡Es un mango, un mangazo, pero qué bisoño el pobre; otro ya se hubiera acercado!» Quien se acerca, efectivamente, es el griego Stephanides, a todas luces meneándosela por entre los bolsillos del pantalón. Quiere ostentar su belleza suprema, haciéndonos notar, además, lo bien formado que está su bulto, un bulto que casi revienta la tela, en nada comparable con los ínfimos pichirilos que Praxísteles y Policleto se empeñaban en

endilgar a sus zeus y sus apolos. Stephanides se las da de gran señor insolente, de provocador; de romántico, sí, pero al margen de la decencia. Le descalabraré sus aviesas intenciones. Seguro que se las descalabraré. Su presuntuosidad se la haré comer en ensalada. Cortésmente saluda y pide permiso para quedarse a nuestro lado. Nos advierte que estamos a quince millas náuticas de Egina y nos invita, mientras llegamos, a tomar un *ouzo* en el bar. Las tres aceptamos. Stephanides, sonriente, no escatima gentilezas y elogios. Indistintamente nos llama Las tres gracias, diosa de los bosques, Diana rediviva, Afrodita naciendo de las aguas. Por momentos, ciertamente, me creo la Simonetta Vespuccia, empinada desnuda sobre su concha y acariciada por Céfiro. O mejor, como la pintó Piero di Cosimo, en aquel retrato magnífico que vi, alguna vez, en el museo Condé de Chantilly, de perfil, ella, sin pestañear, alta la frente circundada por un rollete de entretejidas crinejas con perlas y aljófares y pedrerías, erguido el cuello impoluto y desnudo el torso, perfectos los dos senos, y un grueso cordón de oro con un áspid enrollado ornándole la garganta. Así me siento, de verdad, cuando Stephanides, ya decidido entre Gioconda y Aselia y yo, a mi lado, parece desvestirme con la mirada y, sin permiso de mi parte, comienza a llamarme «querida Lisette» y a tutearme como si nos conociéramos de toda la vida. Propone que en lugar de *ouzo*, tomemos *raki*: una bebida aromática preparada con alcohol de cereales. Calentado por el *raki*, se relame y se reconforta. Una extraña emoción me embarga cuando siento su manaza, viril y excitante, colocada al descuido sobre mi muslo izquierdo. Ya puede el seductor hacer conmigo lo que a bien tenga. No puedo rechazarlo. Que me siga llamando «querida Lisette», que me siga tuteando como si nos conociésemos desde siempre, que me haga toda suya cuando quiera.

… Una hora más tarde, después de bordear el largo espetón abierto del cabo Plakakia y admirar a lo lejos el increíble templo de Afrodita y el mar de tambores de columnas desperdigados en su derredor, desembarcamos en Egina. Para el momento, Juliao Figueira (tal es el nombre completo del brasileño) ya encontrábase incorporado a nuestro grupo. Gioconda con la excusa de pedirle una cerilla, lo buscó de la popa a la proa y se lo trajo con ella. Nada mejor pudo ocurrírsele. Juliao es simpatiquísimo. Su presencia es de lo más grata y habla el «portuñol» (así llama a su lengua entreverada de portugués fluminense y español aprendido en Boa Vista, al pie de la frontera venezolana, donde por años explotaron sus padres una empresa maderera) con el tono cantarino que recuerda la voz de Tonquinho. Como él, canta y sabe de memoria todos los poemas de Vinicius de Moraes. Un baladista, pues. Bien estuvo que Gioconda lo ganara para nosotras. Atenderá a la propia Gioconda, que ya lo dispuso para sí, y a

Aselia (hasta que ésta se disponga a conseguir su propio *parí enaire*) mientras yo me reservo para mí, sólo para mí, las atenciones de mi griego. Con él lo comparto todo y estoy encantada con sus galanteos. Nada hay en lo que no coincidamos, en arte, en bailes, en comidas, en lecturas. ¿Sientes sed? Tómate este vino de Santorin, un tanto resinoso cierto, pero un elixir de juventud. ¿Deseas dormir? Recuéstate sobre mi hombro. Zeus nos regaló el sueño, nada mejor para las ganas de dormir. ¿Tienes hambre? Prueba este arroz salteado con mantequilla cruda y pimienta encarnada. Lo cociné para ti con caldo blanco. De Kavafis, ¡cómo me gusta Kavafis!, puede recitar de memoria poemas completos. *Cuando partas para Itaca / ruega que tu camino sea largo, / lleno de aventuras y descubrimientos*. Y trozos de Sófocles y Esquilo. Y de la *Ilíada* y la *Odisea*, cual un rapsoda antiguo, con el mismo frenesí épico de los aedas eólicos, quiero decir; con el mismo énfasis ditiràmbico, con la misma pasión. Una elegía, también una elegía, en el griego de los primeros tiempos, con su voz varonil, con su voz de bajo modulada, y yo mirándolo, exorbitada y humedecida. Un yambo, muchos yambos. Y algo de Alceo. Y otro tanto de Safo o Anacreonte. Nada para perder. Y, sobre todo, su conocimiento de las islas. ¡Cómo las conoce! Cierto que no podía, en modo alguno, conseguirme un mejor cicerone.

De Egina, por ejemplo, nos indica que lo más interesante para ver es el templo de Afaia. Que los otros turistas, los gringos tontos, los japoneses, los franco-canadienses, los nórdicos, el resto de sudamericanos, se entretengan con el de Afrodita, unas cuantas columnas golpeadas y unos pobres cimientos destrozados por los excavadores de ocasión. Vayamos nosotros, querida Lisette, al de Afaia, otra forma de llamar a Dictina, la diosa cretense de la luna, «la no oscura» en contraposición a Hécate («la oscura de un todo»), me explica a modo de revelación. Tiene más de veinte columnas dóricas intactas de las cuales presumir, y parte de un arquitrabe en perfecto estado, y una terraza artificial sobre la cual descansa que, a su vez, cubre las basas de un edificio anterior. Podríamos haber llegado hasta él en autobús desde el puerto. O en barca. Pero, no. Stephanides dispone que lo hagamos en muía. Más rápido e incitante, aunque mucho más duro para las piernas. A Gioconda y Juliao, a Aselia y a mí nos divierte la idea. Bien vale la pena París una misa. Desde el elevado monte cubierto de encinas donde se alza el templo, observamos una vista inimaginable: el ocaso rodando sobre las aguas del golfo; el Partenón a lo lejos, a simple vista, sin ayuda de prismáticos, con el escarpado saliente violeta del Lycabettos detrás; y los diminutos barcos que pueblan el mar con sus blancas estelas; y, del otro lado, Paleochori, la antigua capital, alguna vez dominada por los venecianos, un tanto entristecida ahora, llena de jardines desiertos,

mansiones ruinosas, vestustos fuertes desintegrados, iglesias a medio derruir; y las entreluces del atardecer, ¡qué luces!, ¡qué arreboles!, rosas tenues o morados incipientes, azafranes, rojos encendidos como si el cielo fuera todo un entero campo cubierto de anémonas, violeta encendido más tarde; y la luna, Dictina o Afaia la diosa, apareciéndose como un pan de horno por encima del océano, en el extremo opuesto del horizonte, blanca y feliz, queriéndose, queriéndonos, iluminándonos.

Fue allí, a los pies del templo de Afaia, donde nos amamos por primera vez. ¡Divina magia! Él, Stephanides, desnudo, tirado sobre el pedreguyal, cual nuevo Endimión dormido a las puertas de su gruta del monte Latinos, joven y bello pastor. Y Yo, Afaia, Dictina, Silene, la mítica Luna, en mi nocturna peregrinación por el cielo, con mis diversas fases, con mi pálida luz que reviste de un aspecto fantástico a los seres y las cosas, no menos gallarda que el Sol (mi hermano grande), abrazándolo a él, mi griego hermoso, mi Zeus Capitolino, mi Apolo de Belvedere, mi Hércules Farnesio, mi Poseidón de Beocia, mi Dioniso embriagado, mi efebo seductor, ahora seducido, con mis brazos blanquísimos, mis brazos de leche, brazos de lirios, brazos de quemante nieve, brazos de todos los epítetos que pudo haber inventado Homero, con mis largos cabellos de oro, con mi luminosa diadema de rayos; besándolo, de pies a cabeza; lamiéndolo por toda la extraordinaria mole de sus músculos, sus músculos de fierro y de piedra volcánica, por cada uno de sus rasgos, finamente dibujados, como esculpidos a navaja, completamente pasivo, aquiescente.

A lo lejos, se oye el parloteo juguetón de Aselia y de Gioconda y su brasileño. Nos ven. Seguro que nos ven. No me importa que nos vean y que gocen ellos también aunque sólo sea por obra de la vista, ocultos en el roquedal, con nuestros espasmos deleitosos, acariciándonos hasta el devarío, chupándole yo su miembro descomunal de rosáceos nudos, dispensándole (paso por paso) todas las particularidades del beso óctuple, aquel que inventaron los griegos mucho antes que los chinos, los egipcios o los hindúes, chupándome la erica él, bebiéndose con la avidez de un infante goloso la fecundidad de mis jugos matriciales, penetrándonos, ahora, él a mí, yo a él, bajo la luz de la luna protectora, descubierta de un todo sobre el alto cielo, y apenas perturbados por las respiraciones entrecortadas y el chibisbeo de ellos que, de lejos, nos trae la brisa deslizándose por entre las copas de las encinas y los olivos y las retamas…

El resto de la excursión diríase que fue inenarrable. Yo asida a Stephanides, Gioconda con Juliao, Aselia y un finlandés al que, para su suerte, se ligó en el segundo día de crucero, todos felices; disfrutando las maravillas del paisaje costanero desde la cubierta; atiplándonos del recio *ouzo* o del fragante *raki*; fumando chibuquiés

interminables de tóxicos efectos; deteniéndonos en cualquier taberna para comer, en las terrazas, bajo la menuda lluvia, un pedazo de pan, carne bien asada y *pilaf* con canela, si no deliciosos trozos de pulpo frío, los suculentos *lukums* y abundante vino moscatel; bailando hasta la madrugada al sonido estridente de los *jukes-boxes, sambas* y *bossanovas*, las canciones inolvidables de Niko Gounaris, el tradicional *busuki* o el jazz moderno; chapuceando por las mañanas en la piscinita del barco o en alguna playa recóndita de Sámos o Chíos; recitando a De Moraes y a Kavafis y a los clásicos de antaño; desatados en una como especie de conmoción psico-sensual, transformándonos vez por vez, instintivamente, casi espiritualizados o espiritualizados de un todo; presas del ardor místico, de la molicie extática, del esplendor mitificante; entregándonos al goce y al desenfreno sexual; convertidos en héroes arquetípicos, en heroínas, en dioses, en demonios; buscando la metamorfosis perpetua e idolatrándola en todas sus formas; practicando la libertad erótica o perdiéndonos en el franco libertinaje…

En Creta, en medio de una embriaguez fabulosa que tomamos con *tsikudi*, una variedad de *marc* o *grappa* típico, devotamente destilado, de huesos de dragón, y que le llena a uno de un extraño furor bizantino si se bebe a cubos, como lo bebimos nosotros, nos refocilamos colectivamente, todos con todos, Stephanides en Gioconda, Aselia con Juliao, yo con el finlandés de Aselia, Aselia conmigo, Juliao con el finlandés. Y cuando no alcanzábamos a darnos abasto para refocilarnos entre nosotros mismos, he aquí que se sumaron a la diabólica orgía el Rey Minos y su esposa Pasífae, y Andrógino, y Ariadna, y Fedra, y Dédalo, y el propio toro blanco que se dice preñó a la reina Pasífae, y hasta el Minotauro, el monstruo horripilante y desolador, cuerpo de hombre y cabeza de toro, que nació de semejante preñez. Laberínticos, mantuvimos aquel desenfreno hasta muy entrada el alba.

En Citerea, la isla donde nació Afrodita, Stephanides y yo, solos, esta vez sin la compañía de nuestros amigos, pasamos la noche amándonos en un hórrido edificio indescriptible, una suerte de granero que parecía un lazareto marítimo o una dogana. Por fortuna, al amanecer, en el patio de la casona encontramos un manzano de copiosa carga. Stephanides, conocedor del secreto, me dio a probar los sabrosos frutos. Después supe, por él mismo, que tratábase de la llamada Manzana de la Discordia, o Manzana del Olvido, o Manzana del Paraíso, o Manzana de las Hespérides: ¡el fruto siempre bien deseado de la Eterna Juventud!

Imborrable será el recuerdo de este viaje. No hubo lugar sagrado, mágico, histórico o de alguna relativa significación donde Stephanides y yo no folgáramos. Igual sobre los blancos túmulos del cementerio de

Murad Reis que en una de las calles enarcadas de la ciudad vieja de Rodas; en una playa diminuta de Kastellorizon, casi tocando la costa del Asia Menor, que en la falda búhente del volcán de Santorín; en la cresta de la roca de Lesbos, de donde se dice Safo se lanzó al mar desdeñada por su amado Faetón, que en el mismísimo monasterio de Pátmos.

Al alba, anclaremos de vuelta en El Pireo. Y casi en seguida, Gioconda, Aselia y yo partiremos hacia Caracas. En mi *Cuaderno de Viaje*, dije que lo escribiría todo. Y todo, o casi todo, lo he escrito. Tendido sobre la litera de mi camarote, dejo que Stephanides descanse.

Enero, 1988